



NUEVAS FORMAS DE LA REVOLUCIÓN

Esta revolución es un arte. Requiere el coraje tanto de la resistencia como de la imaginación. Howard Zinn.

La supervivencia de la raza humana depende de que se redescubra la esperanza como fuerza social. Iván Illich

El mundo que conocemos llega a su fin. En todas partes se están sentando las bases de un régimen autoritario sin precedentes, que se impondría como sustituto del actual régimen político y económico aprovechando el miedo, el caos y la incertidumbre propios de la transición a una nueva era.

L@s zapatistas y la APPO, junto con muchas otras iniciativas políticas en diversas partes del mundo, prefiguran tanto las nuevas formas de la lucha transformadora como su resultado. Esas luchas son factor determinante en las crisis actuales.

Estas notas son un esfuerzo apresurado de organizar las ideas para entender lo que está pasando y aprender de las luchas populares.

El final de un ciclo histórico y sus causas

El consenso universal sobre la conclusión de un ciclo histórico se rompe cuando se trata de identificar el cadáver: ¿qué es lo que está terminando? ¿de cuál ciclo se trata? Mientras se propala aún la ilusión de que es sólo una fase de un ciclo económico y pronto habrá recuperación, se plantea con creciente rigor que terminan los ciclos económicos mismos, el imperio estadounidense, el régimen capitalista, la sociedad económica y la era moderna.

Medios, expertos y funcionarios insisten en propalar la ilusión de que sólo terminó el periodo de prosperidad de un ciclo económico clásico y pronto se iniciará una recuperación igualmente clásica. Hasta ellos reconocen, sin embargo, que la crisis actual es muy profunda, la equiparan a la de 1929 e introducen todo género de salvedades sobre la recuperación.

Leopold Kohr advirtió desde hace décadas que en vez de ciclos económicos padecemos actualmente ciclos de tamaño, por la escala que han llegado a tener las actividades económicas. Los remedios que se aplican, cada vez más grandes, no lograrán resolver la crisis y sólo contribuirán a agravarla. Estabilizar el sistema financiero no equivale a resolver la crisis.

Desde hace años Wallerstein advierte que hemos entrado en la fase final del capitalismo, que habría empezado en 1968. Aunque según él esta fase podría durar aún cinco, 10 o hasta 50 años, numerosos analistas consideran que el proceso de extinción se habría acelerado. Más que las contradicciones estructurales que examina Wallerstein estaría pesando ahora el comportamiento irresponsable del capital al término de la guerra fría. Las advertencias de

Soros, cuando denunciaba que los fundamentalistas de mercado estaban socavando las bases de existencia del capitalismo, estarían resultando válidas.

Sostiene Zigmunt Bauman, parafraseando a Mark Twain, que la noticia de que el capitalismo llegó a su fin es un poco precipitada. En rigor, no lo es. Todo régimen de producción es un sistema de relaciones sociales. Existen muy claros síntomas de que el capitalismo no puede ya acumular relaciones sociales de producción capitalistas y por eso el desempleo masivo: 200 millones de desempleados formales, miles de millones informales. La inmensa acumulación que se registra, una acumulación sin precedentes en la historia, ya no sería capitalista, aunque se derive sobre todo de empresas capitalistas que siguen siendo el modo dominante de producción, porque ya no puede invertirse en relaciones capitalistas de producción.

No es una buena noticia. Lo que se ha instalado en su lugar es aún peor que el capitalismo. Se regresa a las formas de despojo propias del pre-capitalismo, de la acumulación originaria que dio lugar al modo capitalista de producción, y se desmantela la fachada democrática que se mantuvo para la operación del sistema, porque sólo con autoritarismo abierto y creciente control se puede continuar con el despojo y la destrucción de la naturaleza que caracterizan al nuevo régimen

Sigamos con la identificación de muertos. Wallerstein y otros muchos analistas anuncian la terminación del imperio estadounidense. Como en todos los imperios del pasado, la agonía de éste es turbulenta y contradictoria. Como en otros casos, estaría empleando todas las fuerzas que aún posee para crear la ilusión de que la agonía es sólo un tropiezo pasajero.

Foucault, Illich y muchos otros pensadores han señalado con amplio fundamento que podríamos estar al fin de la sociedad económica (capitalismo y socialismo) y de la era moderna. Los fundamentos filosóficos y epistemológicos de la Ilustración habrían sido socavados. Estaríamos en el periodo de caos e incertidumbre que caracteriza el paso a una nueva era, cuando las racionalidades de la que termina no pueden ya emplearse para entender lo que ocurre y menos aún para construir otra realidad que no puede ser mera proyección de la anterior.

(Sobre estas hipótesis, ver Esteva 2007 y 2009 a y b, MN 2009).

Una de las hipótesis que examinamos en este contexto es la que atribuye a I@s trabajadores la causalidad principal de la crisis actual. Sus iniciativas y movilizaciones habrían impedido que se llevara a término la estrategia de la globalización neoliberal y habría provocado, primero, la financiarización de la economía y después, a partir de la crisis financiera, el actual atascadero en que la crisis económica se hace política.

Los límites de la globalización neoliberal que se habrían convertido en límites del capitalismo tienen múltiples orígenes. Las luchas reivindicativas convencionales, en el seno del sistema, han seguido teniendo una enorme importancia. Por ejemplo: la lucha que logró el aumento de los salarios chinos (400% de 1996 a 2006), que desestabilizó la estrategia de

congelación o reducción de los salarios reales a escala global, y las luchas de l@s ambientalistas, en todas partes del mundo, que limitaron la externalización de los costos ambientales, junto con otras luchas, aceleraron la caída de la tasa media de ganancia de los capitalistas y limitaron el efecto del escape a la financiarización. Sin descontar este aspecto, debe considerarse que las luchas autonómicas, basadas en la reconquista, ocupación o regeneración de espacios comunales, han estado tomando creciente importancia en todo el mundo, bajo nuevas formas de lucha social y política que prefiguran su sentido, su desembocadura. En todo caso, es bastante claro que esas luchas de la gente, dentro y “fuera” del sistema, han sido factores determinantes de las crisis actuales.

El actual ciclo de luchas populares enfrenta, junto a las dificultades habituales, el creciente ejercicio autoritario de los poderes constituidos, que utilizan diversos pretextos, como el terrorismo internacional o la migración, para afianzar su control sobre la población. Al mismo tiempo, enfrentan las inercias teóricas y prácticas de la “izquierda” que aíslan, confunden o socavan directamente los nuevos empeños. Al examinar el caso de las luchas recientes en Oaxaca este ensayo pone énfasis en estas últimas dificultades de la lucha popular.

Los demonios de la Comuna de Oaxaca

De junio a octubre de 2006 no hubo policía alguno en la ciudad de Oaxaca, de 600 000 habitantes, ni siquiera para regular el tráfico de vehículos. El gobernador y sus funcionarios se reunían secretamente en hoteles o casas particulares, porque no podían acudir a sus oficinas: la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) había instalado plantones permanentes en todos los edificios públicos y las estaciones de radio y televisión públicas y privadas que controlaba. Cuando el gobernador empezó a lanzar ataques guerrilleros nocturnos contra esos plantones, se levantaron barricadas para protegerse de ellos. Más de mil barricadas se montaron cotidianamente, a las 11:00 de la noche, alrededor de los plantones o en encrucijadas críticas, y se dismantelaron cada mañana para permitir la circulación. A pesar de esos ataques, una organización de derechos humanos informó que en esos meses hubo en Oaxaca menos crímenes (muertos, heridos, asaltos) que en cualquier periodo semejante de los diez años previos. Trabajadores de sindicatos miembros de la APPO operaron muchos servicios, como la recolección de basura.

Algunos analistas empezaron a hablar de la Comuna de Oaxaca, en alusión a la de París de 1871. Sonriendo, l@s oaxaqueñ@s comentaron: “Sí, pero la Comuna de París sólo duró cincuenta días y nosotros duramos más de cien.” La analogía es pertinente pero exagerada, salvo en lo relativo a la reacción que estas dos insurrecciones populares provocaron en las estructuras de poder. En el estilo de los ejércitos europeos que aplastaron a los *communards* que habían tomado en sus manos la ciudad de París, la Policía Federal Preventiva, con el apoyo del Ejército y la Marina, acudió a Oaxaca el 28 de octubre de 2006 a tratar de controlar la situación. El 25 de noviembre realizó una represión brutal, la peor en la historia de Oaxaca, con

una violación masiva de los derechos humanos y actitudes que pueden legítimamente describirse como terrorismo de estado. Fue una estrategia de intimidación para liquidar el movimiento y servir de advertencia para el país entero.

La APPO sigue siendo un misterio, incluso para sus íntimos. Su gran visibilidad nacional e internacional ha impedido verla, por las inmensas distorsiones introducidas por los medios. Dentro de la Asamblea, además, distintos grupos la han caracterizado en sus términos, para llevarla a su molino político o ideológico, lo que ha contribuido a la confusión. A todo esto se agrega el carácter profundamente innovador de la APPO, que hace difícil apreciar el sentido, naturaleza y alcances de este peculiar animal político. (Ver Arellano y otros 2009, Davies 2007, de Castro 2009, Denham 2008, Esteva 2008 y 2009 a y c, Giarraca 2008, Lapierre 2008, Martínez 2006, y Osorno 2007).

Desde el día de su nacimiento, todos los demonios que habitualmente acosan a lo que acostumbramos llamar la izquierda cayeron sobre la APPO. Como abejas a la miel, se le acercó toda suerte de grupos y organizaciones. Se dedicaron a parasitarla e intentaron continuamente dirigirla y controlarla, conforme a sus propias agendas y obsesiones. Era difícil distinguir esos actores de los innumerables infiltrados, enviados por las autoridades para cumplir la función que habitualmente realiza por sí misma la izquierda sectaria: dispersar, dividir, enfrentar, aislar, violentar...

La APPO desapareció con la misma rapidez con que había surgido. Dejó en Oaxaca un ánimo rijoso, en que se mezclan la indignación y la frustración con cierta sensación de derrota. Como casi todas las apariencias, éstas resultan engañosas. La APPO dejó también un sedimento de experiencia que se expresa en actitudes cotidianas y en el tejido social y político del estado, en el que se mantiene con sorprendente vitalidad la iniciativa popular y en donde el impulso transformador descubre o construye cotidianamente sus nuevos cauces, cada vez más profundos y radicales, en medio de una polarización social cada vez más acentuada. Aunque éste es el aspecto más fascinante de lo que actualmente pasa en Oaxaca no puedo aquí analizarlo.

La Comisión Civil Internacional de Observación de los Derechos Humanos que visitó Oaxaca en enero de 2007 señaló en su informe preliminar que había constatado la aplicación de “una estrategia jurídica, policíaca y militar...cuyo objetivo último es lograr el control y amedrentamiento de la población civil”. Esa estrategia continúa, con distintos procedimientos, y se aplica en el país entero.

Cuando la Suprema Corte de Justicia de la Nación se planteó cómo contribuir a restablecer el orden constitucional en Oaxaca y creó para ello una comisión investigadora, señaló: “No podemos permitir que las detenciones arbitrarias y las torturas de prisioneros se vuelvan ordinarias y normales en nuestro país... Los oaxaqueños vivieron, y tal vez vivan todavía, un estado de incertidumbre emocional y jurídica...Resulta lógico que la gente viva en zozobra ante autoridades que usan ilimitadamente la fuerza pública, al grado de desconocer los

derechos humanos que reconoce nuestro marco jurídico.” (*La Jornada*, 14/06/07). Mientras la Corte continúa sus dilatadas investigaciones, las detenciones arbitrarias y las torturas de prisioneros se vuelven ordinarias y normales en nuestro país, que así se adapta a la tónica que cunde internacionalmente con los vientos globalizadores. El relator de derechos humanos de Naciones Unidas señaló recientemente que el respeto a los derechos humanos no es prioridad para el gobierno mexicano. El uso ilimitado e ilegal de la fuerza pública es ahora práctica cotidiana en el país. Para Emilio Álvarez Icaza, Presidente de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, en la política nacional de seguridad pública y administración de justicia “no se ponen controles a la actuación de las policías y se manda un discurso de que todo se vale para combatir el delito” (*Proceso* 1652, 19/06/08). Y delito es, para las autoridades, participar en movimientos sociales. No sólo l@s oaxaqueñ@s viven ahora en incertidumbre emocional y jurídica.

Aunque es urgente examinar este aspecto del predicamento actual, que contamina todos los aspectos de la convivencia, aquí me ocupo solamente del lado oscuro de la APPO, de nuestro lado oscuro, de nuestras insensateces, desgarramientos y faltas de integridad, las que padecemos en el interior de nuestro movimiento, para derivar las lecciones pertinentes y actuar en consecuencia.

Sentido de límite y proporción

La coyuntura electoral nacional de 2006 y sus resultados inmediatos, con un presidente ansioso por dejar el poder, otro temeroso de no poder tomarlo y un tercero disputándolo en la calle con los dos primeros, hicieron posibles ciertas formas de operación y alcances de la APPO y al mismo tiempo marcaron sus límites insalvables. No tomamos suficientemente en cuenta esos límites.

En la efervescencia de la movilización popular, en la embriaguez de los números (hasta 800 000 personas marcharon en una ocasión por la capital de Oaxaca, de 600 000 habitantes), en la excitación de comportamientos extraordinarios por parte de hombres y mujeres ordinarios, ante la capacidad pasmosa de gobernar-se y de poner a prueba con éxito, a escala inusitada, la gobernanza popular –el arte de gobernar practicado por la propia gente-, ante la novedad radical de la APPO, perdimos sentido de límite y proporción. Se produjo una sensación general de soberanía popular –cuando el pueblo ejerce su facultad soberana sobre la realidad social- que probablemente llegó a su extremo con la victoria de Todos los Santos, el 1 de noviembre, al ganarse el que acaso ha sido el mayor enfrentamiento abierto entre policías y civiles en la historia del país: unas 15 000 personas, desde niñ@s a ancian@s, armados con piedras y palos, vencieron a 4,000 policías bien pertrechados. Tras varias horas de enfrentamiento, las autoridades se dieron cuenta que sólo una inmensa masacre pondría fin al episodio y dieron a la policía la orden de retirarse.

Ese estado de ánimo impidió darnos cuenta de que el gobierno federal no podía dar el triunfo a la APPO, a una insurrección popular. Como el gobernador Ulises Ruiz argumentó con

astucia, si la gente aprendía a tumbar gobernadores en la calle, tras él caerían otros gobernadores y finalmente el presidente de la República. El gobierno federal se mostró dispuesto a pagar cualquier precio político con tal de impedir que se creara ese precedente.

Nuestras realizaciones por cuatro meses –como la ocupación de estaciones de radio y oficinas gubernamentales y la capacidad autónoma de gobierno de la vida cotidiana- no podían continuar indefinidamente. En la circunstancia política creada por el resultado electoral a nivel federal, además, resultaba imposible obtener la tambaleante cabeza de Ruiz. Pero no supimos evaluar opciones.

El gobierno, en efecto, parecía dispuesto a ofrecer cualquier cosa...menos la salida de Ruiz. Es posible que, en esas circunstancias, la APPO hubiera podido negociar condiciones que aseguraran la salida posterior de Ruiz, una vez superada la coyuntura, además de muchas otras cosas. Pero sus negociador@s no se atrevieron a pactar en esos términos: ell@s también se encontraban arrinconados. La presión de “las bases” era muy clara. Cualquier arreglo que no incluyera la caída del gobernador habría sido visto y vivido como traición. Nadie estaba en condiciones de hacerlo valer como acuerdo.

Una y otra vez, en las luchas populares, perdemos sentido del límite y la proporción y así convertimos victorias en derrotas. Es importante saber por qué se produce esa condición insensata, habitualmente aprovechada por los infiltrados para empujar un movimiento hacia el despeñadero.

La obsesión del poder

La lucha **contra** el Estado es habitualmente lucha **por** el Estado: se trata de conquistarlo, de apoderarse de sus instituciones, para alcanzar desde el poder estatal fines políticos e ideológicos. Este sentido de la lucha tiende a corroerlo todo, tanto durante la lucha misma como en el caso de la victoria –sobre todo con ésta, cuando empieza a ejercerse el poder del Estado, alcanzado por cualquier vía.

Dos formas de autodestrucción emanan de esta peculiar obsesión. La primera es bien conocida: la corrupción. Todo sentido ético desaparece. Los ideales que forjan la iniciativa original se disuelven progresivamente en la práctica de lucha. Tomar el poder, algo que se define inicialmente como un simple **medio** para realizar aquellos ideales, se convierte poco a poco en el **fin**. Y una vez separados medios de fines, éstos –reducidos a la toma del poder- justifican todos los medios, lo que incluye traición, colaboracionismo, complicidad, cualquier suerte de deshonestidades y crímenes, impunidad, una cínica, descarada falta de integridad.

Pensamos –dijo el subcomandante Marcos en 1996- que había que replantear el problema del poder, no repetir la fórmula de que para cambiar el mundo es necesario tomar el poder y ya en el poder, entonces sí lo vamos a organizar como mejor le conviene al mundo, es decir, como mejor me conviene a mí que estoy en el poder. Hemos pensado que si concebíamos un cambio en la premisa de ver el poder, el problema del poder, planteando que no queríamos tomarlo, esto iba a producir otra forma de hacer política y

otro tipo de político, otros seres humanos que hicieran política diferente a los políticos que padecemos hoy en todo el espectro político. (EZLN 1996, 69).

Para l@s zapatistas, la cuestión no es quién está en el poder, ni de qué forma cualquier persona, grupo o partido logran una posición de poder (a través de elecciones o por cualquier otro medio), sino la naturaleza misma del sistema de poder en el estado-nación, como estructura de dominación y control. Al deslindarse de la tradición guerrillera, l@s zapatistas advirtieron que dejaba siempre pendiente el lugar de la gente.

Está un poder opresor que desde arriba decide por la sociedad, y un grupo de iluminados que decide conducir al país por el buen rumbo y desplaza a ese otro grupo del poder, toma el poder y también decide por la sociedad. Para nosotros esa es una lucha de hegemonías...No se puede reconstruir el mundo, ni la sociedad, ni reconstruir los estados nacionales ahora destruidos, sobre una disputa que consiste en quién va a imponer su hegemonía en la sociedad. (Subcomandante Marcos 2001)

La tradición viene de lejos y no comprende sólo la forma guerrillera. En la izquierda parece haber acuerdo en torno al Estado. Se le sigue considerando agente principal de la transformación social y el objeto principal de la actividad política: por eso hay que tomarlo. Lenin estableció claramente de qué se trata. En *¿Qué hacer?*, escrito en 1905, señaló que el conocimiento superior, la instrucción autoritaria y la ingeniería social definen la tarea. El partido y sus agitadores locales deben actuar como maestros de escuela, mandos del ejército revolucionario o capataces de fábrica para realizarla.

Sin una “docena” de líderes probados y talentosos (y los hombres talentosos no nacen por cientos), entrenados profesionalmente, escolarizados por una larga experiencia y que trabajen en perfecta armonía, ninguna clase de la sociedad moderna es capaz de conducir una lucha decidida.

Lenin quiere traer a l@s trabajadores al nivel de l@s intelectuales, pero sólo en lo que se refiere a las actividades partidarias. No considera viable ni conveniente hacerlo en otros aspectos. Sostiene, además, que l@s intelectuales no deben degradarse al nivel de las masas.

Esta actitud contribuye a explicar lo ocurrido en 1917. En enero, Lenin advirtió que a su generación no le tocaría vivir la revolución que venía. O sea: no pudo anticipar la revolución que estallaría el mes siguiente. Entre agosto y septiembre escribió *El estado y la revolución*.

El proletariado necesita el poder del estado, sostiene ahí; la organización centralizada de la fuerza, la organización de la violencia...para el propósito de guiar a la gran masa de la población –el campesinado, la pequeña burguesía, el semiproletariado- en la tarea de organizar la economía socialista.

Lenin o los bolcheviques apenas participaron en las revoluciones de febrero y octubre...pero capturaron su producto, una vez que fue un hecho consumado. “Los bolcheviques encontraron el poder tirado en la calle y lo recogieron”, dice Hannah Arendt

(1965). E. H. Carr, que escribió uno de los primeros y más completos estudios del periodo, concluyó que “la contribución de Lenin y los bolcheviques al derrocamiento del zarismo fue insignificante” y que “el bolchevismo ocupó un trono vacío” (1966). El diseño de Lenin era inútil para hacer la revolución y hasta para anticiparla. Pero era indispensable, como Stalin sabía mejor que nadie, para ejercer la dictadura del proletariado. Ahí está el meollo del asunto. Es cierto que Engels escribió, en la introducción de *La guerra civil en Francia* en el vigésimo aniversario de su publicación, que la comuna de París era el modelo de la dictadura del proletariado. Pero no fue esa la forma que tomó la idea, ni en la teoría ni en la práctica.

Se percibe habitualmente el Estado como una simple estructura de mediación, como un medio, que baila el son que le tocan. Será fascista si lo toman los fascistas, revolucionario si está en manos de los revolucionarios, demócrata si los demócratas triunfan. “Que el pueblo expulse a los usurpadores y el Estado se encargará de todo”, decía irónicamente Poulantzas...

Pero el estado-nación, desde la más feroz de las dictaduras hasta la más tierna y pura de las democracias, ha sido y es una estructura para dominar y controlar a la población...a fin de ponerla al servicio del capital, mediante el uso de su monopolio legal de la violencia. Fue diseñado para ese fin, absorbiendo y pervirtiendo una diversidad de formas de estado y de nación que existían antes de él. El Estado es el capitalista colectivo ideal, guardián de sus intereses, y opera como dictadura hasta en el más democrático de los estados modernos.¹ Por eso es necesario acosarlo continuamente en la lucha anticapitalista...y por eso mismo hay que deshacerse de él al ganarla y huir como de la peste de toda tentación de ocuparlo o colaborar con él.

“No llegar a enamorarse del poder”, advierte Foucault. Caen en delirio, enamorados de él, quienes lo ejercen al conquistarlo, en las cumbres del poder estatal o en pequeños puestos del más insignificante municipio. Un delirio semejante agobia a quienes luchan por él. Porque a final de cuentas el poder es una **relación** en la que está inmersa la facultad de hacer algo que se asocia con la idea de poder, no una **cosa** que pueda distribuirse, algo que unos tengan y otros no (por lo que podría empoderarse a la gente), algo que puede conquistarse y ejercerse para diversos propósitos. En el marco del Estado, el poder expresa una relación de dominación y control, una relación en que una de las partes domina y controla a la otra para realizar lo que esa parte desea (desde altos ideales hasta pequeñas transas). Quien lucha por tomar ese poder adquiere infaliblemente el virus de dominar y controlar –y lo aplica sin rubor sobre sus propios compañeros de lucha, puesto que todos los medios se valen para sus “altos fines” y los rivales pueden constituir un obstáculo para alcanzar éstos. La lucha justiciera que en sustancia define a

¹ Baste pensar, como ejemplo, en la operación de la banca central en todos los países. Funcionarios que han sido designados burocráticamente, no electos democráticamente, dirigen una agencia que habitualmente cuenta con amplia autonomía: en algunos casos ninguno de los poderes constituidos puede intervenir o incluso influir en sus decisiones, aunque existan formas de concertación. Pocas agencias o entidades del gobierno tienen tanto impacto en la sociedad como ésta, que opera en forma dictatorial hasta en el más liberal y democrático de los países.

la izquierda ha de concentrarse en la generación de relaciones sociales en las que la del poder de dominación no tenga cabida. (Ver Esteva 1998 y 2005, Foucault 1981, 1992 y 2002 y Holloway 1998 y 2002).

Nos llenábamos la boca hablando de la Comuna de Oaxaca. Pero no logramos adquirir el espíritu de *l@s communards* de París, que supieron proteger las relaciones sociales que generaban de los intentos de dominación y control. En los mecanismos de coordinación de la APPO prevaleció la confrontación habitual entre quienes buscaban dominar y controlar un movimiento. En el marco de esa confrontación fuimos ciegamente a la trampa del 25 de noviembre, pero antes de ésa habíamos ya caído en la nuestra, en la obsesión apasionada por el poder –así fuese el poder ínfimo de controlar una reunión para imponer una decisión menor o para lograr la descalificación de un compañero.

La perversión de la mirada

A esta forma perniciosa de autodestrucción de la izquierda, por la corrupción que acompaña a la ambición de poder y a su ejercicio, se agrega otra que pocas veces se toma en cuenta. Perdemos la mirada, la extraviamos, no sólo por estar mirando siempre **hacia** arriba sino por pretender que vemos **desde** arriba. Por el afán de ocupar el Estado, empezamos a **pensar como Estado**.²

Es preciso, como tarea previa a todo empeño transformador, limpiar nuestra mirada: está contaminada por muchos años de tradición teórica y práctica política que nos han educado en la visión desde arriba (como si ya estuviéramos ahí) y en la propensión a dar por sentado que son reales meras entidades abstractas (como el propio Estado), atribuyéndoles una concreción fuera de lugar que se convierte en superstición.

La lucha misma y el mundo nuevo no han de concebirse a la manera de ingenieros sociales que conducen a las masas al paraíso que concibieron para ellas. Es a la inversa. Consisten en entregarse sin reservas a la creatividad de los hombres y mujeres concretos, que son, a final de cuentas, quienes hacen las revoluciones y crean nuevos mundos.

La APPO real, en los barrios y en los pueblos, en las colonias urbanas lo mismo que en las comunidades indígenas, la APPO de hombres y mujeres ordinarios, veía desde abajo y lanzaba su mirada horizontal hacia las realidades por transformar, decidida a quitar de su camino los obstáculos **simbolizados** por el gobernador –obstáculos que poseían formas innumerables en la realidad diversa de Oaxaca y se condensaban con eficacia, simbólicamente, en la figura de un tirano psicópata. Mientras tanto, en ciertos miembros de los mecanismos de coordinación predominaba claramente la visión desde el Estado. Surgía ahí una disputa permanente sobre la forma de conducir el movimiento, como estrategia de ingeniería social concebida por quienes

² Sobre esta desastrosa perversión, ver el espléndido análisis de James C. Scott, 1998. He tomado de este libro citas de Lenin y algunas reflexiones sobre el tema.

creían poseer la verdad política de la circunstancia y del sentido de la lucha y exigían aplicarla en toda decisión.

No usar el pensamiento, nos ha advertido Foucault, para aterrizar la práctica política en la Verdad; ni la acción política para desacreditar, como mera especulación, una línea de pensamiento. Usar la práctica política como un intensificador del pensamiento, y el análisis como un multiplicador de las formas y campos para la intervención de la acción política.

Foucault también señalaba: “Realizar la acción, el pensamiento y los deseos mediante proliferación, yuxtaposición y disyunción, y no a través de subdivisión y jerarquización piramidal”. Esta advertencia permite explicar con claridad la tensión continua que existió entre la APPO real, en barrios y pueblos, que operaba muy claramente en la proliferación, la yuxtaposición y la disyunción, mientras los mecanismos de coordinación intentaban crear la subdivisión y la jerarquización piramidal. Esto se observó en muchos aspectos del movimiento, desde la composición de la Coordinadora Provisional, en la que esas obsesiones impidieron dar forma adecuada a una invención muy afortunada, hasta la planeación y realización del Congreso Constitutivo de la APPO. No fue posible, en éste, dotar a la APPO de la forma organizativa que le era propia. Resultó en vez de ello un extravagante compromiso entre el obsoleto verticalismo organizativo, de la tradición estalinista, manifiesto desde la convocatoria al Congreso y durante su realización, y la exigencia de horizontalidad que venía de la APPO real y se hizo valer en sus sesiones.

Los militantes profesionales de organizaciones verticales no podían convivir tranquilamente, en la APPO, con los impulsos autónomos y libertarios que se manifestaban continuamente y emergían por todos los poros del movimiento. Su deseo de someterlos a control y sofocarlos parecía tan fuerte como el de las autoridades. Libraron una batalla continua para hegemonizar los mecanismos de coordinación y conducir el movimiento en la forma y dirección que los autonómados dirigentes consideraban válida, sometiendo a control la energía autónoma de barrios y pueblos. En todo esto se apegaban también a una vieja tradición. La “reconquista” que caracterizó el periodo de 1917 a 1921 en Rusia no fue simplemente una guerra civil contra los “rusos blancos”. Fue también una guerra contra las fuerzas autónomas que habían tomado el poder local en la revolución. Lenin reconoció esta situación cuando señaló, en 1918: “Las ideas anarquistas han tomado ahora una forma viva” (en Guerin 1970). Se trataba, ante todo, de destruir el poder independiente de los soviets y de imponer, en las ciudades, control laboral y abolición del derecho de huelga de los trabajadores, y en el campo el control político que debía sustituir el poder comunal autónomo.

Desafiar violentamente la violencia

La cámara camina junto al niño que avanza con decisión, una piedra en la mano, para enfrentarse a la policía que está frente a la Universidad el día de Todos los Santos. Parece imposible detenerlo o moderar siquiera su coraje, la firmeza y dignidad de su expresión.

“Porque el pueblo nunca se raja”, dice como conclusión de su discurso político, en esta escena que han recogido varios documentales del movimiento y circula desde entonces en Oaxaca.

La APPO nunca tuvo el carácter de levantamiento armado. El gobierno federal descalificó de inmediato la ridícula pretensión de Ulises Ruiz de incluir en la APPO a una fuerza guerrillera que hizo aparecer de pronto en la Sierra Norte, en la forma de un grupo de personas encapuchadas, con botas y armas nuevas y trajes a la última moda guerrillera, que repartían volantes a los autos que pasaban por la carretera. Existen, igualmente, pruebas abundantes de que diversas manifestaciones de violencia extrema atribuidas a la APPO o realizadas en su nombre –desde quema de autobuses hasta asaltos de barricada o incendio de edificios públicos– fueron realizadas por sicarios al servicio del gobierno y en diversos casos en zonas bajo estricto control de las fuerzas federales.

Pero hubo violencia surgida de las filas de la APPO: la de algunas organizaciones que la incluían en su repertorio estratégico y la que surgió como autodefensa ante agresiones específicas, desde la respuesta a la burda represión inicial del 14 de junio de 2006 hasta la batalla de Todos los Santos, pasando por muchos otros episodios, como el de la noche del 21 de agosto de 2006, cuando empezó a circular por la ciudad el “convoy de la muerte”: un millar de policías vestidos de negro, disparando al aire a medianoche al dirigirse hacia los plantones, en la agresión que dio lugar a las barricadas. Algunas violencias defensivas que expresaban rabia circunstancial y legítima pasaban fácilmente a la ofensiva. Estas formas de violencia nutrieron continuamente la propaganda empleada para descalificar al movimiento y para crear en la opinión pública el temor y el ánimo que se querían emplear para justificar la represión.

Es enteramente condenable, sin reservas ni matices, la violencia que empleó el Estado contra la población de Oaxaca a lo largo de 2006 –mera intensificación de la que el Estado ha estado empleando desde tiempo inmemorial y caracteriza la actitud gubernamental durante los últimos ocho años.

Personalmente, estoy en desacuerdo con la violencia, sin importar su origen. Más allá de los argumentos clásicos, éticos, morales y políticos, apelo a una reflexión simple. Si uno es el más fuerte, la violencia es innecesaria; pueden emplearse medios no violentos para someter al más débil (si de eso se trata). Si uno es el más débil, la violencia es suicida y conduce infaliblemente a la derrota, a la autodestrucción. Esta reflexión puede aplicarse hasta en el caso de la autodefensa, pero es preciso distinguir esta postura de la que expresa cobardía o lo que habitualmente se llama pacifismo.

En todo caso, comparto en esta materia la postura de Arundati Roy. Parece pertinente incluir una larga cita en que la presenta:

Por décadas los movimientos no violentos han estado tocando a la puerta de todas las instituciones democráticas de este país y han sido desdeñadas y humilladas...La gente se ve obligada a repensar su estrategia...Debemos preguntarnos si la desobediencia civil masiva es posible en un estado-nación democrático. ¿Acaso las huelgas de hambre no se

encuentran ya umbilicalmente vinculadas a la política de las celebridades? ¿Alguien se va a fijar si la gente de un barrio pobre o una comunidad rural se declara en huelga de hambre? Hay un caso en que han estado en huelga de hambre por seis años y nadie se ocupa de ellos. Es una lección saludable para todos nosotros. Siempre he sentido que es irónico que se utilicen las huelgas de hambre en un país en que la mayor parte de la gente tiene hambre. Estamos ahora en tiempos y lugares diferentes. Enfrentamos un adversario diferente, más complejo. Hemos entrado a la era de las organizaciones no gubernamentales (ONGs) –o quizás debería decir la era de los palthu shers (tigres domesticados)- en que la acción de masas puede ser un asunto traicionero. Tenemos demostraciones bien financiadas y foros en que todo mundo pregona lo que nunca hace. Tenemos toda clase de resistencias “virtuales”. Se realizan reuniones contra las zonas económicas especiales patrocinadas por los principales promotores de esas zonas. Hay premios o becas para el activismo ambiental y la acción comunitaria otorgados por las corporaciones responsables de la devastación del planeta... Las grandes corporaciones también le dieron fondos a Gandhi, desde luego. Quizás él fue nuestra primera ONG. Pero ahora tenemos muchas ONGs que hacen un montón de ruido y escriben muchos informes, pero el gobierno se siente más cómodo con ellas. ¿Cómo hallarle sentido a todo esto? Estamos llenos de personas especializadas en dispersar la acción política real. La “resistencia virtual” se ha convertido en una auténtica carga. Hubo una época en que los movimientos de masas acudían a las cortes para exigir justicia. Pero las cortes han emitido una serie de sentencias tan injustas, tan insultantes para los pobres en el lenguaje que utilizan, que uno pierde la respiración... Los jueces, junto con la prensa corporativa, son ahora instrumentos del proyecto neoliberal. En un clima como éste, cuando la gente se siente agotada por estos procesos democráticos interminables, sólo para que al final se le humille, ¿qué se supone que debe hacer? Desde luego, no se trata de que las opciones sean binarias: violencia o no violencia. Hay partidos políticos que creen en la lucha armada, pero sólo como parte de su estrategia política general. Se ha tratado brutalmente a los militantes de esos grupos, se les ha asesinado, golpeado, detenido con cargos falsos. La gente está muy consciente de que tomar las armas significa atraer sobre uno mismo una miríada de formas de violencia del estado. En el momento en que la lucha armada se vuelve una estrategia, el mundo de uno se hunde y todos los colores se convierten en blanco y negro. Pero cuando la gente decide dar ese paso porque todas las demás opciones han terminado en la desesperación, ¿debemos condenarlos? ... Vivimos en tiempos en que para no ser eficaz basta apoyar el estado de cosas, que sin duda es conveniente para algunos de nosotros. Y se paga un precio terrible por ser efectivo. Me resulta difícil condenar a la gente que está dispuesta a pagar ese precio. (Roy 2007)

Creo que fue contraproduktiva la violencia que se empleó desde la APPO, particularmente la que constituyó una provocación abierta a las fuerzas policíacas estatales o federales y ofreció el pretexto que éstas buscaban para dar apariencia de legitimidad a la represión. Pero me resisto a condenar a quienes dentro del movimiento usaron diversas formas de violencia. Much@s de ell@s habían sufrido por años humillaciones y agresiones de la policía y de la sociedad. A la rabia histórica, que habían heredado y que se acumuló por muchos años, se agregó la que provocaron las autoridades estatales en el curso de la última década y especialmente la que estimuló Ulises Ruiz. La APPO no supo o no pudo dar cauce apropiado a esa legítima indignación.

Cuidar una barricada no era poca cosa. Significaba pasar noches interminables a la espera de la agresión posible, que en muchos casos se produjo. Había aspectos espléndidos en esas noches de barricada: el diálogo inusitado entre jóven@s y viej@s, descubriéndose unos a otros, acaso por la primera vez, admirándose y respetándose en su mutua sabiduría; o el “Amor de barricada”, como se llamó un gustado programa de Radio Plantón... Pero eran noches terribles, a la expectativa, preparándose para la autodefensa: acumulando piedras o algunas bombas molotov; entrenándose en el uso efectivo de las resorteras; concibiendo planes de ataque o huida... ¿Cómo condenar a quienes finalmente redactaron la pancarta, exhibida en una marcha: ¡Pinche gobierno, ya ni su guerra nos cumple!?

Luchar contra espectros

En el plano más hondo, por la medida en que la APPO encapsula e ilustra iniciativas y movimientos de la llamada izquierda, es preciso incluir entre nuestros demonios la construcción que desde la izquierda se ha hecho del capitalismo, erigida actualmente como un obstáculo formidable.

Circula entre nosotr@s una visión del capitalismo que lo distorsiona enteramente y le atribuye rasgos de dominación y control que paralizan la acción transformadora. J.K. Gibson-Graham (1996) desmantela una versión cosificada del capitalismo que agobia a la tradición de izquierda. En la lista de rasgos que se le atribuyen Gibson-Graham incluye los siguientes:

- *Es el héroe poderoso y autosuficiente del desarrollo industrial, portador del futuro, el avance científico, la modernidad y la universalidad. (Es una imagen inaugurada por el Manifiesto Comunista, de Marx y Engels);*
- *Representa el pináculo de la evolución social: acaba con la escasez, las distinciones tradicionales, la ignorancia y la superstición.*
- *Existe como un sistema unificado, ordenado jerárquicamente, estimulado por el imperativo del crecimiento y gobernado por un ímpetu de reproducción. Integrado, homogéneo, coextensivo con el espacio social, el capitalismo es la economía unitaria conducida por la política y la regulación macroeconómicas.*
- *Es una estructura de poder.*

- *Las organizaciones locales, los sindicatos o las regulaciones nacionales no pueden contener al capitalismo. La economía capitalista global es el nuevo reino de lo absoluto, lo no contingente, desde el cual se dictan o restringen posibilidades.*

Escoge bien a tu enemigo, dice un viejo dicho árabe; vas a ser como él. “*Liberar la acción política de toda paranoia unitaria y totalizadora*”, advertía Foucault. En una lucha anticapitalista no podemos liberarla mientras se mantenga una visión del capitalismo que nos sumerge en esa paranoia, cuando se le percibe como un sistema unificado, homogéneo, que ocupa todo el espacio social y del que nada puede escapar. Impulsada cotidianamente por todos los medios, esta visión paralizante se nutre con la idea de que ese sistema mundial sólo puede ser desmantelado **en su conjunto**. Por eso se requiere que los proletarios del mundo entero se unan: sólo con su fuerza organizada, unificada, homogénea, podrá ser derrotada una entidad de las características que esta visión atribuye al capitalismo. Esta percepción, que viene de lejos, parece encontrar confirmación empírica en la llamada globalización.

La izquierda, educada en esa tradición, lucha continuamente contra un espectro...o pospone continuamente la lucha real contra el capitalismo, porque no ha conseguido hacerse de la fuerza que se requiere para enfrentar al gigante que su imaginación concibe. Esta postura descalifica toda realidad no capitalista, salvo cuando reconoce alguna condición pre-capitalista inevitablemente articulada al capitalismo y funcional para éste, y rechaza, como algo ridículo o pernicioso, toda lucha parcial contra el capitalismo y más aún la que pretende localizarse más allá del capitalismo. Esta misma visión incluye en la lucha otro espectro: el socialismo, que sería sucesor legítimo y necesario del capitalismo.

Las variantes de esa visión creadas por la tesis de que el socialismo podía construirse en un solo país o región del mundo y de que la coexistencia pacífica entre capitalismo y socialismo era posible se agotaron cuando la experiencia soviética fue caracterizada como capitalismo de estado. Finalmente, el colapso de la Unión Soviética llevó a much@s a pensar que la experiencia socialista había sido tan sólo el camino más largo, cruel e ineficiente de llegar al capitalismo. Como es obvio, sería absurdo desconocer el valor de las luchas realizadas conforme a la tradición socialista. Se trata, por lo contrario, de asumirnos como sus hereder@s, una vez que comprobamos que el socialismo, como fenómeno histórico, se encuentra al principio de su fin, y como cuerpo de doctrina se hunde en una controversia sin solución. (Cleaver 1992, Esteva/Shanin 2005). Esto implica, igualmente, asumir como propios los ideales del socialismo, al tiempo de reconocer que no podrán ser alcanzados mientras no se desmantele la maquinaria que administra el capitalismo, abandonando la ilusión de que será posible usarla para conseguirlos.

No me puedo detener aquí en la elaboración de este complejo argumento, que apunta sobre todo al reconocimiento del capitalismo como un régimen económico caracterizado por ciertas relaciones sociales de producción, que definen la fábrica social moderna y fueron técnicamente descritas desde tiempos de Marx. Conforme a este punto de vista, es posible

reconocer que existen en las sociedades contemporáneas amplios espacios en que no prevalecen esas relaciones sociales, aunque estén afectados por ellas, y que es posible, igualmente, generar otras relaciones sociales, aunque los espacios autónomos en que eso ocurre –como las áreas bajo control zapatista- se encuentren restringidos y afectados por el régimen dominante.

Para los propósitos de estas notas, simplemente acoto que la lucha contra los espectros del capitalismo y el socialismo podría ser uno de nuestros principales demonios y factores de debilidad y dispersión.

Herencias de la APPO

El principal reto que dejó entre nosotr@s la extinción de la APPO consiste en respetar el carácter del impulso que la define, que estaba en el origen del movimiento, para conseguir lo que no se logró en 2006: crear una estructura organizativa auténticamente horizontal, ajustada a la naturaleza del movimiento, capaz de respetar la autonomía de sus núcleos y al mismo tiempo de concertar su interacción y facilitar el continuo ejercicio de mutua solidaridad. Se trata de forjar mecanismos descentralistas: ser red cuando estamos separados y asamblea cuando estamos juntos, como se dice en el Congreso Nacional Indígena, en vez de pretender que somos asamblea en todo momento o que lo es un grupo de supuestos representantes o delegad@s.

Se discute aún si lo de 2006 fue mera revuelta popular – un estallido rebelde que se extinguió tan rápidamente como surgió – o representó un auténtico movimiento social, que sería expresión de antiguas iniciativas y experiencias, es decir, la convergencia de múltiples movimientos que la antecedieron, y a la vez novedad contemporánea, una creación sociológica y política producida por la aparición repentina y espontánea de un movimiento de movimientos – el cual persistiría en forma latente y podría activarse en cualquier momento. Se discute, por tanto, si la APPO existió en 2006, como revuelta, pero ha desaparecido, o si cambió su estado, como movimiento, a una forma latente, potencial.

Es probable que la APPO sea las dos cosas. En 2006 adoptó la forma de una revuelta popular. Fue realmente un estallido de descontento que produjo una erupción espectacular. La represión del 25 de noviembre y su secuela habrían apagado la erupción, pero la fuerza del magma volcánico seguiría hirviendo en las entrañas sociales: ningún intento de cooptación o manipulación, ningún ejercicio represivo, logran sofocarla. Además, por todas partes se observan las huellas de la lava que se desbordó en el estallido y se extendió ampliamente dentro y fuera del estado.

De otro lado, la revuelta misma fue tan solo una de las múltiples expresiones de los numerosos movimientos sociales existentes en Oaxaca – tanto los que emergen del tejido social oaxaqueño como los que son expresiones locales de movimientos o iniciativas de alcance nacional e internacional. Estos movimientos se articulan y desarticulan continuamente, por una variedad de motivos y circunstancias. La de 2006 habría sido una de sus articulaciones más extensas y espectaculares.

La cuestión de caracterizar la APPO no es asunto teórico sino práctico. Desde que nació, la APPO se debate en el conflicto entre dos corrientes políticas e ideológicas que se expresan vigorosamente en su seno. Cada una de ellas intenta imprimir su sello en la APPO: darle la configuración y orientación que a su entender son las apropiadas. Y así disputan interminablemente y conciertan interminablemente acuerdos inestables.

Por este y otros motivos, **la APPO no ha llegado a existir**: nunca se consolidó alguna de esas formas contrapuestas. La APPO no era el “somos todos”: ni estaban todos los que éramos ni éramos todos los que estábamos. La APPO tampoco fue sus mecanismos de articulación y se ha pegado caprichosamente la etiqueta APPO sobre una variedad de iniciativas que carecen de coherencia y sentido. Algo así intenta hacer ahora un grupo de organizaciones que participaron en la APPO en 2006 y crearon en 2013 el FUL-APPO, un Frente Único de Lucha APPO, que ha tenido apariciones esporádicas y extravagantes a lo largo del año.

La corriente formada por organizaciones locales o por secciones locales de organizaciones y partidos de alcance nacional se orientaba a la “toma del poder”. Es una corriente que busca apoderarse de los aparatos del Estado y adopta para ello un estilo leninista de acción política –una estructura vertical y disciplinada capaz de conducir a las masas, tanto en la conquista del poder como en el ejercicio de ingeniería social que realizará la transformación que se busca desde los aparatos de Estado, una vez que se les conquiste. El empleo cada vez más frecuente de la expresión “poder popular” y su lema: “todo el poder al pueblo” disimulan la naturaleza profundamente autoritaria de este enfoque, que se basa en una estructuración vertical de la acción política y de su resultado. Esta corriente impulsó en 2006 la idea de un congreso **constitutivo** de la APPO, para darle una forma organizativa, de tipo partidario, y definir su programa político. Una y otro quedarían a cargo de un grupo específico de dirigentes, que a partir de ahí empezarían a conducir al movimiento de masas así postulado a la toma del poder. Sería la constitución de la vanguardia. Quienes militan en esta corriente adoptan actualmente la vía electoral y el camino de la democracia formal como estrategia central de acción política. Recurren a la acción directa (ocupación de oficinas públicas, cierre de carreteras y vías públicas, etc.) como mecanismo de presión sobre las autoridades para impulsar su causa. En el plano de la táctica, como pretexto de movilización, atribuyen gran importancia a la lucha reivindicativa, para exigir al capital o al Estado la satisfacción de demandas específicas. Estas demandas son de dos clases:

- Unas se refieren a intereses de grupos determinados. Son, por ejemplo, mejoras salariales o en las condiciones de trabajo para los miembros de un sindicato o para los trabajadores asalariados en general, programas públicos de apoyo a un sector específico –como los campesinos o los pequeños comerciantes, etc.
- Otras se refieren a intereses de la sociedad en conjunto, como demandas relativas a la educación, la salud, el sistema de comunicación, el ambiente, etc., para toda la sociedad oaxaqueña o nacional o para la de una comunidad o municipio.

De otro lado, Integrantes de esta corriente se inclinan en ocasiones a la llamada “vía armada” (como estrategia de toma del poder), cuando consideran cerrada la vía electoral, o al “golpe de mano”, cuando parece posible la conquista de los aparatos estatales sin pasar por la vía electoral o la armada.

Esta corriente intentó imprimir a la APPO tal orientación y estilo desde el día de su nacimiento, pero se enfrentó a cada paso a otra corriente de carácter radicalmente distinto. Sumamente heterogénea en su composición y actitudes, esta corriente emanaba de la experiencia de los pueblos indios de Oaxaca, no de un grupo de iluminados, de una ideología o de una organización o partido. La unificaba ante todo una profunda desconfianza en los esquemas cupulares de acción política, una persistente resistencia a las estructuras organizativas verticales y centralizadas y un gran desencanto con los procesos electorales, la democracia formal y las instituciones existentes. Con titubeos, tropiezos y vacilaciones, en formas más o menos vagas, esta corriente estaba tratando de dar forma al primer proyecto político de los pueblos de Oaxaca para el conjunto del estado. Fue realmente el primero. De los pueblos indios de Oaxaca, como en general del México profundo, no brotan naturalmente proyectos políticos que comprendan un espacio social mayor que el de grupos comunitarios o regionales. Sólo algunos de ellos, como los mixes, han concebido proyectos que abarquen a todo el grupo étnico. Su histórica capacidad de resistencia a los opresores no ha desembocado hasta ahora en una concepción política que abarque a toda la sociedad, entre otras cosas porque evitan las visiones teóricas y las prácticas de la ingeniería social, las que pretenden ver como estado y desde arriba conciben utopías para todo el cuerpo social e implementan, desde arriba, sus planes de transformación una vez que conquistan los aparatos estatales.

Este proyecto político habría aparecido espontáneamente, como expresión del descontento generalizado y la creciente preocupación por la crisis, cuando empezó a profundizarse y extenderse el impulso inicial –producido por el rechazo a la gestión de Ulises Ruiz. Nació con gran indefinición, como simple proyección al conjunto de la sociedad de la forma específica de existencia social y organización política de las comunidades indígenas. Se articuló en torno a la asamblea³, la figura que dio nombre a la APPO, pero no veía la asamblea como un mero mecanismo de toma de decisiones o un ejercicio ritual, sino como un componente central de la lucha misma y del régimen político que podría emanar de ella: era un dispositivo que evitaba la separación de medios y fines y mantenía el ejercicio autónomo en todo el proceso. De entrada, esto planteaba un requerimiento de innovación que no ha podido resolverse en Oaxaca pero ha dado lugar a continua experimentación, particularmente en lo relativo a la tensión y contradicción entre presencia y representación.

³ Se trata de la asamblea comunitaria indígena, que se distingue claramente de las asambleas celebradas en el seno de organizaciones sociales políticas, empresas privadas, partidos, etc.

La primera corriente tenía docenas de representantes y voceros muy articulados y visibles y contaba con buen número de cuadros profesionales dedicados a las tareas organizativas. La segunda corriente, en cambio, carecía de una expresión articulada y precisa. Se manifestaba más bien como un impulso que emanaba de la base social, particularmente de las comunidades indígenas, y como una manera de pensar y experimentar el mundo en general y la lucha en particular que encontraban eco y aceptación en la mayoría de los participantes en el movimiento. Poco a poco tomó la forma de un discurso, que empezó a emplearse como expresión de la APPO incluso por quienes lo negaban en sus planteamientos y prácticas, desde la primera corriente. Este fenómeno contribuyó a aumentar la confusión sobre la naturaleza de la APPO.

A partir de la represión de noviembre de 2006 las dos corrientes se expresaron de muy distintas maneras, a menudo como desprendimientos de la APPO. Algunos ejemplos ilustran el fenómeno. Algunos concejales de la APPO formaron, con un grupo de jóvenes, Voces Oaxaqueñas Construyendo Autonomía y Libertad (VOCAL), un **espacio** que nació claramente como rechazo a las prácticas verticalistas y centralizadas que se observaron en el seno de la APPO y para propiciar la expresión de iniciativas claramente afiliadas con la segunda corriente. Algunas organizaciones de la primera corriente, por su parte, constituyeron un frente electoral para desahogar fuera de la APPO esos empeños. La expresión más completa y firme de la segunda corriente, que se formuló y expresó en el foro indígena celebrado el 27 y 28 de noviembre de 2006, dos días después de la represión, con policías y militares circulando a las puertas del espacio en que se realizó el evento, tuvo infortunadamente escasa difusión y penetración.

En un sentido estricto, en suma, no es posible caracterizar a la APPO ni como organización ni como movimiento. Fracasaron los intentos de convertirla en una organización política, con una estructura centralizada, una dirección única y un sesgo partidario. Tampoco llegó a ser un movimiento de movimientos. Los movimientos reales que convergían en la APPO sólo se articulaban circunstancialmente –para una marcha, por ejemplo- y mantenían sus ejercicios autónomos y sus orientaciones en las iniciativas que tomaban. Así ha sido hasta hoy. La APPO ha sido sólo una posibilidad, un intento que todavía no cristaliza. No tiene aún existencia ni realidad. Pero no es un fantasma. A su manera atropellada y dispersa, lo que seguimos llamando APPO expresa el vigor y la vitalidad de una tendencia profundamente enraizada en los pueblos de Oaxaca, que está apenas encontrando su oportunidad de existir y que aparece en un momento de enorme importancia, para Oaxaca, México y el mundo.

Para que la APPO logre tomar plena realidad, como asamblea de asambleas, se requeriría cumplir dos condiciones:

- que todos los pueblos oaxaqueños, desde las comunidades indígenas hasta los barrios mestizos y todos los grupos que forman el abigarrado tejido social actual de Oaxaca,

estuvieran constituidos en asambleas en que pudiera expresarse apropiadamente la voluntad colectiva;

- y que desde esas asambleas surgiera la voluntad explícita de designar mandatarios para que en la asamblea general de la APPO pudieran tomar acuerdos con otros, bajo los términos y condiciones que se especificarían al darles su mandato – el cual no los convertiría en representantes de las asambleas, o sea, que no se delegaría en ellos el poder de éstas.

Existe todavía un largo camino por recorrer para que la APPO se convierta realmente en una asamblea de asambleas. La efervescencia actual de la sociedad oaxaqueña, acentuada por las crisis, está tendiendo naturalmente a ese ejercicio constitutivo. Sedimento claro de APPO son algunas estructuras regionales que se crearon en 2006 y han logrado persistir. En los movimientos de resistencia a minas, obras viales, presas y otros megaproyectos se observa una mutación que pasa de la tradicional lucha por la tierra y por apoyos gubernamentales a la defensa del territorio. Se define así un ejercicio de soberanía popular que desemboca por lo general en la asamblea como expresión de la voluntad colectiva y como mecanismo que define a la vez el estilo de lucha y su desembocadura. Aún se requerirán grandes esfuerzos, sin embargo, para que esos empeños se generalicen y para que todos ellos confluyan en una nueva APPO, es decir, que decidan conjunta y simultáneamente darle realidad plena a ese sueño ampliamente compartido.

Esta cuestión exige reflexionar a fondo sobre el régimen de igualdad y representación.

Para quienes impulsan diversas formas de democracia de representación, el pacto social lo celebran individuos supuestamente homogéneos e iguales entre sí. Esa homogeneidad y esa igualdad son en realidad ilusiones. Se ha intentado imponerlas por la fuerza. Sólo crean desigualdad y fomentan el privilegio.

Ese proyecto pretende que el pacto social se base en el principio de representación, a través de mayorías electorales. Es otra ilusión. Esas mayorías son conjuntos ficticios de personas supuestamente dotadas de razón. El sistema se basa en el mito de que pueden expresar su interés racional y darle una forma política por medio del voto, o sea, que los individuos serían capaces, por medio de la agregación estadística, de determinar los resultados de la acción política. Es un sistema que en todas partes ha sido fuente de corrupción y mal gobierno, que son enfermedades incurables de todas las sociedades llamadas democráticas.

No somos individuos, sino hombres y mujeres singulares. Con la categoría "individuo" se reduce nuestra condición a la de un número, una unidad, un átomo (lo que no se puede dividir), de un rubro abstracto, usualmente definido y controlado por otros. Una vez operada esa reducción, se nos trata en la forma establecida para la **masa** de individuos que forman la categoría abstracta en cuestión: se nos trata como pasajeros de avión, afiliados al seguro social, electores, consumidores, estudiantes, trabajadores... Y ese tratamiento se ha generalizado con base en la ilusión en que la mera agregación estadística de los individuos es capaz de ajustar el

mundo a sus deseos: que la masa de consumidores determinará la operación del mercado; que la masa de trabajadores establecerá el funcionamiento de la empresa y del capital; que la masa de electores constituirá y controlará el poder político...

Somos personas, nudos de redes de relaciones concretas. No sólo queremos seguirlo siendo (el hombre no puede ser de otra manera), sino queremos también construir una sociedad en la que podamos ser tratados como lo que somos, sin que se nos reduzca continuamente a la condición de individuos. El trato personalizado, que es condición habitual de los "pobres" en sus propios contextos sociales, en las comunidades y en los barrios, se convierte cada vez más en privilegio de los muy ricos en las democracias modernas. El proyecto popular lo reivindica como estilo de relación social para todos.

No somos homogéneos ni mucho menos iguales. Somos heterogéneos y diferentes. La ilusión de la igualdad, que ha llegado a asumirse como ideal, es fuente continua de privilegio ilegítimo y desigualdad, aunque parezca justiciera en una sociedad plenamente individualizada, cuando todos los hombres y mujeres reales son tratados continuamente como individuos desarraigados, carentes de un tejido social concreto que los proteja de los abusos del poder político y económico y los defina en términos de sus "derechos".

Frente a esas ilusiones, el proyecto popular parte del reconocimiento de la diferencia y reivindica el poder del pueblo. Somos diferentes y queremos seguirlo siendo: para coexistir en armonía, exigimos respeto a todos los pueblos y culturas que somos, que han de asumir como premisa en su trato su diversidad y la no superioridad de ninguna de ellas sobre las demás.

Al mismo tiempo, queremos gobernarnos a nosotros mismos: que el pueblo pueda ejercer en todo momento su poder, para resolver los predicamentos colectivos. En vez de transferir al Estado ese poder, para que gobierne a través de representantes que inevitablemente se corrompen, queremos reconstituarnos desde la base social, en cuerpos políticos en que el pueblo pueda ejercer su poder. Ciertas funciones limitadas, que no puedan ser absorbidas por esos cuerpos políticos, se encomendarían a nuevas instituciones, en que se harían valer los principios de mandar obedeciendo y carecerían de autonomía. El principio de representación, lo mismo en una organización social o un partido que en un gobierno, transfiere inevitablemente el poder del grupo al representante, autonomizando la voluntad de éste en el ejercicio de ese poder, independientemente de que quede expuesto o no a la rendición de cuentas y la revocación del mandato. (Hobbes expuso con claridad por qué el poder político sustentado en la unidad de los hombres queda en manos del soberano, en la cabeza del Estado. "Una multitud de hombres se convierte en una persona cuando está representada por un hombre o una persona, de tal modo que ésta pueda actuar con el consentimiento de cada uno de los que integran esta multitud en particular. En efecto, es la unidad del representante, no la unidad de los representados, lo que hace a la persona una, y es el representante quien sustenta a la persona, pero una sola persona". [Hobbes, T., El Leviatán, México: FCE, 1940, p.135, citado por González Pedrero, 1993, p.156]).

El proyecto popular se impulsa a partir de los espacios locales, en los que se busca consolidar los cuerpos políticos en que el pueblo ejerce su poder. A partir de ahí, apela a los procedimientos jurídicos y políticos, que están encajados uno en otro y que juntos forman la estructura de la libertad. Con base en esos procedimientos, los grupos y movimientos populares pueden hacer valer su poder, sin rendirlo al Estado centralista o la democracia de representación. A través de ellos, pueden plantearse el recurso al procedimiento constitucional, para dar forma a la nueva sociedad, basada en el poder del pueblo y en un pacto social que reconozca su pluralismo fundamental, que generalice el principio de "mandar obedeciendo" a todas las esferas de ejercicio del poder y reduzca al mínimo indispensable, para funciones bien acotadas en la ley y en la práctica en cuerpos sometidos a control popular, los espacios en que podría aplicarse el principio de representación bajo una nueva forma.

En Oaxaca, sin embargo, persiste la contraposición entre quienes confían aún en la democracia representativa y luchan por cambios en sus procedimientos para sustituir a los gestores actuales de la crisis, y quienes han perdido toda ilusión al respecto, convencidos que ese régimen es una estructura de dominación y control en el marco del estado-nación, y que en él los electores se ven obligados a elegir a sus opresores con procedimientos siempre viciados. Para no seguir entrampados en esta contraposición, algunos grupos exploran formas de convergencia en ejercicios de democracia participativa que pueden ser empleados en la transición y servir de adiestramiento para los ciudadanos que han perdido la capacidad autogestiva. Se trata, por ejemplo, de practicar en colonias urbanas y comunidades rurales las técnicas del presupuesto participativo, en que los ciudadanos pueden asignar los recursos públicos, definir obras y programas y supervisar su implementación. Este ejercicio los puede preparar para la democracia radical, cuando sea la gente la que asuma plenamente el régimen de decisiones.

Al tiempo que avanzan empeños autónomos que abarcan todos los aspectos de la realidad social, cunde cada vez más, con la indignación, un sentido de urgencia. En medio de una corrupción galopante y un autoritarismo cada vez más abierto y cínico, sintiéndose respaldadas por un amplio sector de la población que han logrado intimidar o corromper, las autoridades federales intentan pasar a la fase de entrega de la mercancía que se comprometieron a vender: el país entero y sus habitantes. En su afán de gobernar con el mercado y la policía, utilizan todos los recursos del Estado, con la complicidad o anuencia de las clases políticas, en un ejercicio que supone creciente control de la población, destrucción sistemática de derechos y libertades civiles, criminalización de los movimientos sociales y cercado o sofocamiento de los espacios autónomos.

La Comuna de la Lacandona

El desafío principal, en las circunstancias actuales, en Oaxaca y en general en México, consiste en resistir las continuas provocaciones que incitan a la violencia y podrían conducir a

formas viciosas de guerra civil o a la represión cada vez más violenta y general, y articular, al mismo tiempo, los innumerables puntos de resistencia, dotándolos de una forma organizativa apropiada a su naturaleza. Se trata de configurar la fuerza política capaz de contener el desastre en curso, prevenir su secuela y empezar la reorganización de la sociedad desde su base.

Hay síntomas claros de que ese proceso se halla en curso. Innumerables empeños conectan deseos con realidades –de ahí su fuerza revolucionaria- y así dan sentido gozoso y eficaz a la acción política. Un número creciente de personas deja de bailar al son que tocan desde arriba, para tocar su propia música.

Aparentemente, el catalizador que precipitaría la emulsión social que hace falta no vendrá de Oaxaca, sino del estado vecino, Chiapas. Saldrá de la Comuna de la Lacandona.

Para destacados pensadores como Chomsky, González Casanova o Wallerstein, el zapatismo aparece como la iniciativa política más radical del mundo y acaso la más importante. Para otros muchos analistas los zapatistas son ya historia: tanto ellos como el subcomandante Marcos perdieron su oportunidad, su momento, y resultan cada vez más irrelevantes. Los medios han desaparecido a los zapatistas, salvo para descalificarlos. Muchos aliados y simpatizantes han empezado a compartir esa impresión.

Los zapatistas fueron los primeros en desafiar la tesis intelectual y política que hasta 1993 se había rendido a la globalización neoliberal. Hasta ese año, en efecto, la globalización era promesa para unos y amenaza para otros pero todos la tomaban como realidad. Políticos e intelectuales se reducían a ofrecer variantes de lo que aparecía como camino ineluctable. Nadie se atrevía a desafiarla. Lo mismo se aplicaba a su forma neoliberal. Unos querían quitarle “las aristas más agudas”. (La frase fue de López Obrador; podría haberla dicho Lula). Otros querían hacer más lento el desmantelamiento del estado de bienestar para evitar la turbulencia social, pero bajo la convicción de que sería imposible, hasta para los países ricos, seguir pagando las facturas. (El camino de los europeos). Otros, finalmente, planteaban la necesidad de acelerar el proceso, tragando con los ojos cerrados las píldoras amargas de la reforma, para que empezara a producir sus efectos benéficos. (El modelo Chile, digamos, que ahora adopta Peña Nieto).

A partir de 1994 todos los globalifóbicos han utilizado el referente del zapatismo como su propia señal de alerta, que habría creado la apertura que empezó a explorarse en el Foro Social Mundial, el del “Otro mundo es posible”, cuyas corrientes más vigorosas y creativas parecen aún inspiradas por los zapatistas.

Pero hay algo más, más profundo. Lo señalaba hace años Teodor Shanin (Esteva/Shanin 2005):

Nuestra creencia es que no hay alternativas, y que cuando no tienes alternativas, debes crearlas. El socialismo fue una guía magnífica hasta para los que no eran socialistas... Se tenía una alternativa. Pero ya no estamos ahí. Algunos todavía creen encontrar en el capitalismo una alternativa. Pronto se desilusionarán...

Pero quizás la pregunta no sea esa. Acaso debemos plantearnos que vemos ya el final del socialismo estatizado (y no hay ningún otro socialismo en el mundo real), pero también el del capitalismo real, en un sentido muy concreto: el capital ya no puede gobernar un país... Las sociedades reales, que todavía tienen la forma de Estados nacionales, no puedan ser ya gobernadas por medio del capitalismo.

Dominaba esa convicción: no había alternativas. Era preciso crearlas. Es lo que hicieron los zapatistas. El rumor que circula actualmente es que pueden cumplir de nuevo esa función, acotando nuevos caminos cuando la crisis ha creado nuevas oportunidades y amenazas y en muchas partes han surgido callejones que parecen sin salida.

A lo largo de casi 20 años los zapatistas han estado continuamente expuestos a la atención pública. De hecho, por muy sorprendente que esto pueda parecer a quienes persisten en olvidarlos y periódicamente los entierran, **ningún movimiento político o social contemporáneo ha atraído la atención pública tanto como el zapatismo, en términos cuantitativos y cualitativos**. No hay otro movimiento comparable en cuanto al espacio que ha ocupado en los medios nacionales e internacionales; en el número de libros (decenas de miles) y artículos (millones), con sus materiales o sobre ellos, publicados en multitud de idiomas; en su presencia en Internet: 5, 620 páginas activas en 2002 (según el último conteo formal)... Ni la red ni los textos, sin embargo, ilustran cabalmente la importancia y vitalidad del movimiento. Las movilizaciones suscitadas directamente por las iniciativas zapatistas, desde unos cuantos miles a principios de 1994 hasta los millones de la consulta de 1996 o de la marcha de 2001, son pruebas vivas del eco que encuentra el zapatismo entre la gente. Pero tampoco ilustran suficientemente su importancia. La única manera de apreciarla cabalmente sería acudir directamente adonde el zapatismo tiene existencia real, es decir, a las comunidades y a los barrios, en México y en el resto del mundo. Por mucho que lo intentan académicos y activistas esto se ha vuelto imposible. Ya no hay manera de contar. Lo interesante es que la búsqueda siempre encuentra: adondequiera que uno toque aparece el zapatismo, hasta en los lugares más inesperados.

Nadie se atrevería a atribuir a los zapatistas la articulación de las prodigiosas redes transnacionales de solidaridad que han surgido en los últimos diez años. Pero sólo una ceguera insoportable puede negar el peso que han tenido en su creación y que siguen teniendo como motivos de inspiración.

Una de las razones por las que tantos parecen querer olvidar al zapatismo o insisten en ubicarlo en el pasado o confinarlo a unos cuantos municipios de Chiapas es la profundidad de su radicalismo. Los zapatistas desafían, en las palabras y en los hechos, cada aspecto de la sociedad contemporánea. Revelan la causa principal de las crisis actuales y contribuyen a dismantelar el discurso dominante. Socavan el capitalismo, el estado-nación, la democracia formal y todas las instituciones modernas, al poner en entredicho los conceptos en que se basan. Vuelven obsoletas formas y prácticas convencionales de muchas iniciativas y movimientos políticos y

sociales. Empeñados en reorganizar el mundo de abajo hacia arriba, desde la propia gente, hacen evidente la naturaleza ilusoria y contraproducente de los cambios que se conciben y llevan a la práctica de arriba hacia abajo. Su empeño estimula en todas partes la resistencia a la globalización y al neoliberalismo e inspira luchas de liberación. Los zapatistas contribuyen también a articular esas luchas.

Nada hay tan importante en relación con los zapatistas como su contribución a la esperanza. Cuando se destruye la esperanza, que es el ancla de cada hombre y está en el principio de los tiempos, dice el *Mahabharata*, se genera una pena casi igual a la muerte. Para Iván Illich, “el ethos prometeico ha eclipsado la esperanza. La supervivencia de la raza humana depende de que logremos redescubrirla como fuerza social.” (Illich 1996, 105). Es esto, exactamente, lo que han hecho los zapatistas.

Pan-Dora, La-que-todo-lo-da, cerró la tapa de su ánfora antes de que escapara la esperanza. Es la hora de recobrarla, en la época en que el empeño prometeico amenaza con acabar el mundo y se frustran una tras otra las expectativas que había generado. Al liberar la esperanza de su prisión intelectual y política, los zapatistas crearon la posibilidad de un renacimiento, que despunta ahora en la red plural de caminos que ellos descubrieron. Son aún fuente de inspiración para quienes transitan por esos caminos. Pero no pretenden administrar o controlar esa red plural, que se atiene a sus propios impulsos, fuerzas y orientaciones. Todos somos, o podemos ser, zapatistas.

Detrás de nuestro rostro negro, detrás de nuestra voz armada, detrás de nuestro innombrable nombre, detrás de los nosotros que ustedes ven, detrás estamos ustedes, detrás estamos los mismos hombres y mujeres simples y ordinarios que se repiten en todas las razas, se pintan de todos los colores, se hablan en todas las lenguas, y se viven en todos los lugares.

Los mismos hombres y mujeres olvidados.

Los mismos excluidos.

Los mismos intolerados.

Los mismos perseguidos.

Somos los mismos ustedes. Detrás de nosotros estamos ustedes.

(EZLN 1996, 25).

En 250 000 hectáreas de la Selva Lacandona, rodeados por miles de soldados, atacados cotidianamente por grupos paramilitares, agredidos por el gobierno y las clases políticas, aislados y descalificados por la izquierda “institucional”, los zapatistas persisten en su notable innovación sociológica y política. Se han negado a recibir recursos del gobierno, ni siquiera para escuelas o centros de salud. Cuando la sociedad civil lo exigió pusieron dignamente a prueba la capacidad de diálogo del gobierno. Los Acuerdos de San Andrés, pactados con él, fueron ignorados o violados por los tres poderes constituidos, pero los zapatistas han demostrado su sentido y viabilidad aplicándolos con autonomía en la zona bajo su control.

El saldo del movimiento hasta ahora es sumamente impresionante:

- Fueron un factor decisivo en el desmantelamiento del régimen autoritario más antiguo del mundo, el *ancient régime* de México.
- Crearon una opción política ante lo que aparecía como el callejón sin salida de la globalización.
- La situación en Chiapas cambió drásticamente. Miles de campesinos, en su mayoría indígenas, obtuvieron la tierra por la que habían estado luchando por décadas, por siglos. Una nueva correlación política de fuerzas redefinió la estructura social del estado.
- A pesar del cerco militar y de continuas amenazas y hostigamientos paramilitares, los zapatistas han estado haciendo en los territorios que ocupan directamente lo que desde el principio dijeron que querían hacer. Tras reivindicar sus ámbitos de comunidad, están regenerando sus formas propias de gobierno y su arte de vivir y morir. Han sido capaces de operar de manera autónoma y de mejorar sus formas de vida sin servicios o fondos del gobierno. Están, de hecho, viviendo más allá de la lógica del mercado y del Estado, más allá de la lógica del capital, demostrando así que eso es posible.
- Gracias a los zapatistas, los municipios autónomos que prosperan en distintas partes del país tienen hoy creciente visibilidad y espacio político. Las actitudes cotidianas que revelan signos zapatistas se extienden cada vez más.
- Alrededor del mundo hay gestos, cambios y movilizaciones que parecen inspiradas en los zapatistas. Los movimientos contra la globalización, el neoliberalismo o la guerra, de amplia visibilidad pública, señalan al zapatismo como fuente de inspiración y le expresan su respaldo. Existen miles de “comités zapatistas” en todo el mundo. Creados habitualmente como expresión de solidaridad con los zapatistas y listos aún para manifestarla, se dedican sobre todo a cuestiones locales o temáticas propias, a sus propios sueños, proyectos, iniciativas, o en contra de un desarrollo o injusticia particular o general: una presa, una carretera, un tiradero, un McDonalds.... o una guerra, una política, un gobierno...

Habría que regresar muy lejos en la historia para encontrar otra iniciativa política de semejantes repercusiones mundiales.

Mientras los zapatistas siguen consolidando la opción política que ejemplifican, se profundiza continuamente la descomposición de las clases políticas. Tanto los tres poderes constituidos como los partidos políticos se deterioran continuamente. El espectáculo es patético y doloroso, no tanto porque haya muchas cosas rescatables en lo que está desmoronándose, como por las consecuencias del desaguizado. Hace unos años los zapatistas advirtieron que *...el desmantelamiento frenético e implacable del Estado nacional, conducido por una clase política falta de oficio y de vergüenza...llevará a un caos y a una pesadilla que ni en*

la programación estelar de terror y suspenso podrían igualar. (Subcomandante Marcos, "Leer un video", La Jornada, 20-08-04).

México se encuentra ya en ese caos, esa pesadilla. No es una perspectiva alentadora, ni el caldo de cultivo de la revolución. No se trata de una transformación necesaria y sensata, para sustituir progresivamente las piezas corruptas o inservibles de una maquinaria obsoleta. Es un proceso tenso y turbulento en que los fragmentos de lo que fue el sistema político mexicano tratan torpe e inútilmente de articularse de nuevo o se enfrentan entre sí, torpe e interminablemente, guiados por el afán de despejar de rivales un camino que sólo en la ilusión de los involucrados es ascendente, pues tiene todo el aspecto de un despeñadero.

Mientras se profundiza la desintegración, los zapatistas mantienen su paso. Sus Juntas de Buen Gobierno "son la prueba de que el zapatismo no pretende hegemonizar ni homogeneizar, bajo su idea y con su modo, el mundo en que vivimos" Lo que han estado haciendo, igualmente, es prueba de que "en tierras zapatistas no se está gestando la pulverización de la nación mexicana. Por el contrario, lo que aquí nace es una posibilidad de su reconstrucción". (*La Jornada*, 23-08-04). Los zapatistas saben ya que los poderes constituidos no cumplirán los Acuerdos de San Andrés; al llevarlos a la práctica, demuestran que no se produce ninguno de los efectos negativos cuya anticipación se empleó como pretexto para la contrarreforma constitucional. Aunque son esos poderes los que no han cumplido, también está en falta la "sociedad civil": no ejerció suficiente presión.

Se trata, dicen los zapatistas, de no tenerle miedo a seguir construyendo la autonomía, porque

los pueblos indígenas deben organizarse y gobernarse solos, de acuerdo con su forma de pensar y de entender y de sus intereses, tomando en cuenta sus culturas y costumbres, sin dejar de lado todas las demás luchas en todo el mundo. (La Jornada, 10-08-04).

Es zapatismo, dicen los zapatistas, que las decisiones las tomen las comunidades.

El nuestro no es un territorio liberado ni una comuna utópica. Tampoco es el laboratorio experimental de un despropósito o el paraíso de la izquierda huérfana. Este es un territorio rebelde, en resistencia. (Subcomandante Marcos, La Jornada, 2-10-04)

La Comuna de la Lacandona, observa por su parte Luis Hernández, *no es un régimen sino una práctica...un laboratorio de nuevas relaciones sociales...(que) recupera viejos anhelos de los movimientos por la autoemancipación: la liberación ha de ser obra de sus beneficiarios, no debe haber autoridades por encima del pueblo, los sujetos sociales han de tener plena capacidad de decisión sobre su destino. Su existencia no es expresión de una nostalgia moral, sino expresión viva de una nueva política. (La Jornada, 7-9-04).*

A su manera, como es su costumbre, los zapatistas siguen poniendo a prueba la velocidad del sueño, con un aliento libertario, acompañados de vez en cuando por quienes

vienen a aprender y a colaborar con ellos -que en los últimos dos años han llegado de más de 50 países y de muchas regiones de México.

Su promesa radical no es una nueva construcción ideológica de futuros posibles. Se autorrealiza continuamente en los hechos, al redefinir la esperanza. No la plantea como expectativa, como la convicción de que se producirá un resultado determinado. Expresa la convicción de que algo tiene sentido, independientemente de lo que resulte. “La esperanza es esa rebeldía que rechaza el conformismo y la derrota” (EZLN 1997, 126). Se llama también dignidad.

La dignidad es esa patria sin nacionalidad, ese arco iris que es también puente, ese murmullo del corazón sin importar la sangre que lo vive, esa rebelde irreverencia que burla fronteras, aduanas y guerras. (EZLN 1997, 126)

Los zapatistas saben que la ampliación de la dignidad de cada hombre y cada relación humana desafía los sistemas existentes. Se afirman en una localización radicalmente democrática, que es alternativa a localismos y globalismos. Se ocupan de regenerar sus ámbitos de comunidad con una autonomía que margina la economía y resiste la individualización moderna y capitalista que promueven colonialismos internos y externos (cada vez más confundidos entre sí).

Arraigados en su dignidad, los zapatistas plantaron mojoneras de una nueva ruta que aparece como una red plural de caminos. Quienes caminen por ella podrán ver, con la calidad difusa e intensa de todo arco iris, una amplia perspectiva política que anuncia un nuevo orden social, más allá de la sociedad económica (capitalismo/socialismo); más allá de la democracia formal y el estado-nación; más allá de las condiciones actuales del mundo y sus pilares intelectuales, institucionales o ideológicos.

Los zapatistas son singulares, únicos, y a la vez típicos. Vienen de una antigua tradición, pero están inmersos en ideas, problemas y tecnologías contemporáneos. Son hombres y mujeres ordinarios con un comportamiento extraordinario. Siguen siendo misterio y paradoja, como la gesta épica que está realizando gente común en el mundo entero y ellos ejemplifican como nadie. (Esteva y Prakash 1998)

Los zapatistas, además, ya no son el zapatismo que circula en el mundo.

Cuando los zapatistas comentaron, en el Encuentro Intercontinental de 1996, que la reunión no tenía el propósito de cambiar el mundo (algo muy difícil, si no imposible), y que se trataba en cambio de **construir un mundo nuevo**, la frase resultó fascinante y emotiva pero pareció romántica, una propuesta irrealizable. Poco a poco, a medida que la gente empezó a salir de las cárceles intelectuales e ideológicas en que se había dejado encerrar, descubrió en sí misma una dignidad semejante a la de los zapatistas y se puso a caminar su propio camino. Al hacerlo, descubrió con sorpresa la factibilidad de construir un nuevo mundo en donde quepan muchos mundos.

El zapatismo de hoy ya no está en manos de los zapatistas. Quienes lo reinventan e impulsan cotidianamente ignoran muchas veces que las iniciativas de los zapatistas son la fuente original o actual de inspiración de las suyas.

Mientras la crisis cunde, con su cauda de desastres y dramas, y cunde también la descomposición social, se multiplican en todas partes los batallones de descontentos, cada vez mejor organizados y lúcidos.

Otra vez

El 21 de diciembre de 2012 unos 40,000 zapatistas marcharon silenciosa, ordenada y pacíficamente por las mismas ciudades de Chiapas, en el sur de México, que ocuparon en su levantamiento del 1º de enero de 1994. Dejaron un escueto mensaje: “¿Escucharon? Es el sonido de su mundo derrumbándose. Es el del nuestro resurgiendo. El día que fue el día, era noche. Y noche será el día que será el día”.

Poco después empezó a circular una catarata de comunicados para anunciar el curso “La libertad según los zapatistas”, de la *escuelita*, que tendría lugar del 11 al 16 de agosto de 2013. Los comunicados explicaron que los maestros del curso no serían profesores certificados y se carecería de pedagogos expertos. No se cumpliría ninguno de los requisitos formales de un salón de clases o un espacio académico. No se trataría de aprender sobre el mundo sino del mundo, y serían maestr@ en el curso quienes están construyendo un mundo nuevo: un mundo sin explotación ni clases sociales, sin opresión ni jerarquías (salvo la del servicio a otros) y en que se ha quebrado a fondo la mentalidad patriarcal y sexista; un espacio que ya no es utopía, porque tiene su lugar en el mundo.

Lo más difícil sería el contenido del curso: la libertad.

La palabra produce inmediata asociación con quienes la han perdido y genera solidaridad con quienes están en la cárcel. Sin duda hay que ocuparse y preocuparse por ell@s, en su mayoría inocentes. Debemos mostrar la profunda injusticia de que se les encarcele mientras los verdaderos culpables del horror que nos rodea se pasean impunemente por las calles.

Pero el curso no trataría de esa libertad. Hace un par de años el poeta John Berger observó que si se viera forzado a usar una palabra para expresar lo que pasa en el mundo pensaría en “prisión”. En ella estamos, incluso quienes pretendemos estar libres. La *escuelita* de los zapatistas, como ell@s la llamaron, trataría de mostrar qué es la libertad para ell@s. Así, quizás, podríamos aprender a ver nuestras propias rejas.

Tuvo lugar el curso. 1,700 personas, de muchos países y partes de México, fueron invitadas a asistir a él.⁴ Me tocó ser una de ellas. Lo que vimos, oímos, probamos y experimentamos fue un mundo realmente nuevo, con un nuevo tipo de ser humano: el mundo zapatista, construido en el curso de los últimos 30 años. Quienes empezaron el movimiento en

⁴ El curso se repitió en diciembre de 2013 y enero de 2014. Han asistido en total unas 6,000 personas.

1983 y organizaron el levantamiento de 1994 eran pueblos que carecían de todo, salvo dignidad. En los años setenta y ochenta estaban muriendo como moscas, de hambre y enfermedades curables, oprimidos por una estructura de poder primitiva y violenta. Muchos de ell@s trabajaban en una especie de esclavitud en ranchos privados o como sirvientes en las ciudades. “Había pocos niños en los pueblos”, comentó alguna vez el subcomandante Marcos; “todos se morían”. Desde 1994 han estado continuamente expuestos a diversas formas de acoso, agresión física y psicológica, asaltos paramilitares y un sitio más estricto que el embargo cubano. Mientras se realizaba la escuelita hubo vuelos militares rasantes sobre los caracoles; fueron útiles para que cobráramos cabal conciencia de que aprendíamos en un contexto de la guerra, esa guerra incesante que libra el mal gobierno contra los zapatistas. Construyeron su mundo nuevo a partir de cero, con todo en contra, sin fondos, obras o servicios sociales del gobierno, empezando con las manos desnudas. Lo hicieron por sí mismos, con el apoyo solidario que les han ofrecido personas y organizaciones de México y del mundo.

La estructura de la libertad

Los procedimientos político y jurídico van encajados estructuralmente el uno en el otro. Ambos conforman y expresan la estructura de la libertad dentro de la historia. Reconociendo esto, el procedimiento formal puede ser la mejor herramienta teatral, simbólica y convivencial de la acción política. El concepto de derecho conserva toda su fuerza, aun cuando una sociedad reserve a los privilegiados el acceso a la maquinaria jurídica, aun cuando, sistemáticamente, escarnezca a la justicia y vista al despotismo con el manto de simulacros de tribunales... Sólo dentro de su fragilidad, la palabra puede reunir a la multitud de los hombres para que el alud de la violencia se transforme en reconstrucción convivial. (Iván Illich, La convivencialidad, México: Posada, 1978, 210-211).

La palabra reina en el territorio zapatista y se emplea abiertamente para la reconstrucción convivial.

Observamos un estado de derecho sólidamente construido y un orden social armonioso y pacífico, en que casi todas las formas de violencia, salvo las que llegan de afuera, prácticamente se han desvanecido. Si consideramos que un estado de derecho existe sólo en aquellas sociedades en que todos los miembros del cuerpo social conocen y aceptan las normas que rigen sus vidas y esas normas se aplican universalmente en forma equitativa y justa, debemos reconocer que ninguna sociedad actual, salvo la zapatista, vive bajo un estado de derecho. En la sociedad moderna:, en efecto,

- sólo los especialistas, como grupo, conocen las normas vigentes;
- la ley misma, así como todas las reglas emanadas de los diversos niveles de gobierno y de las corporaciones, son concebidas y formuladas por una pequeña minoría que no representa los intereses de toda la gente;

- estas normas se formulan cada vez más de una manera que permite a un pequeño grupo violarlas impunemente, mientras la mayoría es obligada a obedecerlas y respetarlas (Foucault);
- las normas no son universalmente aplicadas y respetadas.

Las normas zapatistas se generan a tres niveles: la comunidad, el municipio (un grupo de comunidades) y el caracol (un grupo de municipios). El tamaño de cada uno de estos cuerpos varía. Una comunidad puede ser un asentamiento de unas cuantas familias; las comunidades más grandes pueden tener 600 o 700 familias.

Todos los miembros de una comunidad participan en las decisiones que se toman sobre las **normas** y los **acuerdos** que rigen la vida de la comunidad. Las normas son reglas generales de comportamiento e incluyen las consecuencias de violarlas. Los acuerdos establecen las condiciones para implementar decisiones específicas que se refieren a actividades comunales para el bien común.

Las normas y acuerdos en el nivel de los municipios y los caracoles son concebidas y formuladas por personas comunes de las comunidades que desempeñan temporalmente funciones de autoridad a esos niveles. No pueden entrar en vigencia hasta que son aceptadas al nivel de las comunidades. Esto significa que el régimen de decisiones y las relaciones de poder se establecen de abajo para arriba, en forma universalmente compartida, en vez de que procedan de una elite de arriba hacia abajo.

Hay algunas normas para todos los zapatistas: los siete principios de mandar obedeciendo, que se aplican a todos los zapatistas cuando están en posiciones de autoridad, y las leyes revolucionarias.

Los siete principios son:

- Servir y no servirse;
- Representar y no suplantar;
- Construir y no destruir;
- Obedecer y no mandar;
- Proponer y no imponer;
- Convencer y no vencer;
- Bajar y no subir.

Estos principios fueron concebidos por personas de las comunidades, se discutieron ampliamente por mucho tiempo y finalmente fueron adoptados por todos los zapatistas.

Las leyes revolucionarias, sobre la tierra y las mujeres, se formularon en la clandestinidad, antes del levantamiento del 1º de enero de 1994 y se publicaron ese día. Se sabe que mucha gente participó en su elaboración, pero no se sabe bien cómo se promulgaron. Son muy simples y operan como principios generales que están en



continua revisión. Actualmente, por ejemplo, se discute en las comunidades una propuesta de 33 puntos sobre las mujeres, que sustituiría los 10 puntos de la ley de mujeres si todo mundo está de acuerdo en ellos.

Dadas estas condiciones, las normas realmente vigentes y las formas de aplicarlas varían grandemente en diversas comunidades, municipios y caracoles.

Todas las decisiones importantes requieren consenso, pero algunas de menor importancia pueden someterse a votación.

No hay policía...y no hace falta. A pesar de la agresión continua que experimentan, el territorio zapatista es el lugar más seguro de México y uno de los más seguros en el mundo.

Por un tiempo, la violación más común a las normas era una borrachera, cuando las comunidades prohibieron el alcohol y las drogas. La primera vez que una persona viola la norma, se le amonesta y se le ofrece consejo y apoyo. La segunda vez debe hacer algún trabajo comunitario y se le da de nuevo consejo y apoyo. La tercera vez, más trabajo comunitario. Una persona puede ser expulsada de la comunidad, si sigue violando la norma, pero aparentemente nadie ha llegado a ese punto.

El crimen más serio cometido en estos años, el único que ha merecido cárcel para los dos hombres que lo cometieron, es el cultivo de marihuana. La seriedad del crimen deriva del hecho de que pone en peligro a toda la comunidad y probablemente a todos los zapatistas, porque podría dar al gobierno el pretexto para reprimirlos.

Toda la gente participa en diversos tipos de comisiones para vigilar y controlar las funciones de gobierno y la implementación de los proyectos comunales. La transparencia y la rendición de cuentas están plenamente aseguradas. Se han descubierto y castigado algunos casos de corrupción.

La violencia doméstica prácticamente se ha eliminado, lo que es particularmente significativo en pueblos en que golpear a las mujeres y a los hijos era algo cotidiano. Como resultados de estas transformaciones desde abajo, los niños reciben un flujo de amor continuo y gozan de increíble libertad – una realidad que es una experiencia palpable cuando se visita una comunidad zapatista.

Funciones sociales

Comer

La mayoría de las familias zapatistas produce su propia comida y complementa lo que produce mediante algún intercambio con sus vecinos o mediante compras en las tiendas zapatistas, algunas veces para obtener lo que no puede producir (sal, aceite, etc.) y a veces para completar su alimentación, cuando no lograron producir suficiente. Como grupo, tienen un alto nivel de autosuficiencia.

Aprender



Tod@s aprenden todo el tiempo, básicamente un@s de otr@s. No hay un sistema obligatorio de educación. Los niños participan en las actividades familiares, pero se encuentran básicamente en libertad hasta que deciden ir a la escuela. Las escuelas no tienen maestros. Jóvenes y jóvenes son promotores de educación y organizan el aprendizaje junto con l@s niñ@s. No hay un currículo estándar o calificaciones. Existen ciertos temas generales, como la historia (de la comunidad, la región, el grupo étnico, los zapatistas, México...), que se abordan de diversa manera en distintas partes.

“Matemáticas” es un tema recurrente. Un compañero dijo: “En algún momento vamos a tener nuestras propias matemáticas, pero por lo pronto estamos usando las de ellos”. La palabra alude a menudo a saber cómo contar.

Sanar

La mayoría de los zapatistas viven una vida sana. Existe una variedad de actividades relacionadas con lo que habitualmente se llama “medicina preventiva”, que están a cargo de jóvenes y jóvenes que sirven como promotores de salud. Muchas mujeres son yerberas, hueseras y parteras, pero sin profesionalización. Sus clínicas están en manos de personas del lugar que han recibido entrenamiento específico. Usan remedios tradicionales y equipo y medicinas modernos –rayos X, ultrasonido, análisis de sangre, antibióticos, etc. Todos los caracoles tienen ambulancias para transportar a los pacientes a hospitales no zapatistas, cuando enfrentan problemas de salud que no pueden ser resueltos en sus clínicas. Personas no zapatistas, de comunidades cercanas, acuden a menudo a las clínicas zapatistas, por la mala atención que reciben en los hospitales del gobierno.

Habitar

Los zapatistas construyen sus propias casas, en su mayoría con materiales locales. Tienen una variedad de estilos, tamaños, materiales. Tienen buen acceso a agua potable o medios para potabilizar el agua. Algun@s usan letrinas convencionales; otr@s usan sanitarios ecológicos secos. No hay personas sin casa o hacinamiento.

Intercambiar

Tienen una variedad de formas de intercambio entre ell@s, incluyendo el trueque. Compran y venden en el mercado abierto, en su mayor parte en colectivo: una comunidad compra los productos para la tienda comunitaria; un grupo de productores de café lo exportan juntos; un caracol compra equipo médico para una clínica, etc. Con el permiso de las autoridades correspondientes, una persona puede abandonar la comunidad por un tiempo para ir a trabajar a otra parte de México o a Estados Unidos, para completar el ingreso familiar.

Moverse

Usan sus pies, caballos, burros y bicicletas para realizar sus actividades cotidianas. Tienen vehículos comunales para transportar personas o cosas y usan

también transporte público para distancias más largas. Los principales desplazamientos fuera de la comunidad son para fiestas, actividades políticas, servir como autoridad y visitar a los amigos o la familia.

Poseer

La tierra recuperada tras el levantamiento (250 00 hectáreas) se asigna a las comunidades como tierra comunal. (La ley de 1995 reconoce la ocupación zapatista de la tierra. Sin embargo, como no se han seguido los procedimientos legales para certificar la propiedad de la tierra, comunidades no zapatistas, con apoyo del gobierno, tratan continuamente de invadir el territorio zapatista).

No hay propiedad privada de la tierra o los medios de producción. Todas las familias tienen acceso a un pedazo de la tierra comunal, de semejante tamaño y condiciones dentro de la comunidad y según la disponibilidad local de tierra. Una nueva pareja puede tener acceso a un nuevo lote.

La mayoría de las familias tiene gallinas o ganado, para su propio consumo, para intercambio (a fin de obtener ingresos para la satisfacción de necesidades cotidianas) o como ahorro para satisfacer necesidades especiales.

En muchos casos, un grupo de familias puede tener en común gallinas, ganado, una tienda, equipo para producir algo, etc.

Son de propiedad comunal, municipal o del caracol equipamientos más complejos, como instalaciones para procesar café, una fábrica de botas⁵, etc. Los trabajadores de estas actividades, organizados en una estructura muy horizontal, obtienen un salario y el excedente va a fondos sociales.

Existen varios bancos comunales, que proporcionan crédito a tasas muy bajas para satisfacer necesidades especiales de algunas familias o emprender proyectos productivos.

Trabajar

Los zapatistas trabajan mucho y por muchas horas del día en una variedad de actividades.

Hay tres clases de trabajo:

- Trabajo para sostener a la familia;
- Trabajo para un proyecto comunal de un colectivo o de un grupo dentro de la comunidad, en que los participantes obtienen una parte de lo que se logre (en dinero o en especie), y el resto de entrega a quienes los participantes designaron de antemano, que puede ser el propio grupo, un fondo social, la comunidad, etc.

⁵ La maquinaria fue donada por un sindicato italiano. Actualmente es operada y mantenida, de forma muy horizontal, por la gente local. Comercializa botas de alta calidad.

Los miembros del grupo acuerdan las proporciones de la distribución antes de empezar el proyecto;

- Trabajo para la comunidad, en que todos los frutos del trabajo se destinan al propósito acordado por la comunidad: una obra pública (un camino, un puente, etc.); un banco comunal; una clínica o su equipamiento; etc.

Los demás trabajos incluyen la asistencia a reuniones, servir en una comisión o un cargo de autoridad, prestar algunos servicios sociales, como los de educación y salud, etc.

La escolita

La sorprendente organización fue la primera sorpresa de la escolita. Estaban esperando por nosotros en Unitierra Chiapas. Con gran eficiencia nos entregaron nuestras credenciales, con las que nos podíamos identificar como alumnos de la escolita, y nos pusieron en toda suerte de vehículos para ir a alguno de los cinco caracoles, en algunos casos para un viaje de cinco a siete horas desde San Cristóbal de Las Casas. En cada caracol una larga fila de zapatistas nos aplaudió a la llegada. Después de una cálida y emocionante recepción, se asignó a cada uno de nosotros un votán, un guardián, un hombre o una mujer, que se ocuparía de nosotros 24 horas del día, sería nuestro intérprete (las familias que nos hospedarían hablarían en sus propios idiomas) y nos apoyaría en nuestros estudios (guiándonos en la lectura de los libros de textos, por ejemplo) y respondería preguntas. Los votanes nos guiaron a las casas que nos hospedarían, algunas veces con una larga caminata, un bote o lo que fuera necesario para llegar a las comunidades en que tendría lugar nuestro aprendizaje.

Toda la experiencia fue intensa, convivial y gozosa. Compartimos las actividades de la familia, incluyendo el trabajo diario – en el que nuestra falta de las destrezas pertinentes y de condición física fue a menudo evidente y produjo muchas risas. Tuvimos tiempo para leer los libros de texto. Podíamos preguntar cualquier cosa y usualmente se nos dieron buenas respuestas. Y desde luego participamos en actividades gozosas, particularmente la larga fiesta final.

Los libros de texto ilustran bien la naturaleza de la experiencia. En las comunidades y los municipios hay frecuente interacción y compartencia y se habla la lengua propia. Al crearse los caracoles, en los que hay comunidades de diversos pueblos y lenguas, se hizo necesario usar una lengua franca: el castilla, que no todos dominan bien. Como los caracoles se conducen desde abajo empezó a haber diferencias entre ellos. Surgió entonces la necesidad de impulsar la compartencia. En un esfuerzo de varios años, personas que habían tenido experiencia como autoridades o cumplido diversas funciones sociales empezaron a relatar la experiencia, sin temores ni inhibiciones, con entera franqueza, repasando errores y dificultades, para poder compartirla con otros. Llegó un momento en que se había acumulado gran cantidad de materiales y a alguien se le ocurrió que sería bueno compartirlos hacia fuera para sembrar hacia

afuera las semillas de la autonomía mediante un ejercicio de compartencia similar al que se había registrado en el interior. Así nació la escuelita.

En esta escuelita completamos sólo el primer nivel (habrá más), pero aprendimos mucho. Aprendimos nuevas categorías creadas en la lucha por la libertad. Aprendimos que la resistencia, por ejemplo, no fue algo que empezó con l@s zapatistas: sus abuelos y abuelas resistieron por siglos y guardaron la experiencia en sus corazones. Aprendimos que hay un modo zapatista, enteramente transparente pero difícil de definir o entender, porque es un modo muy otro, que no encaja bien en la mentalidad convencional o el modo común de entender. Aprendimos de los partidistas, un genérico eficaz para aludir a esa fauna que se pretende diversa pero en que todos se comportan de la misma manera: nos explicaron que son herman@s confundidos que se siguen creyendo los cuentos del mal gobierno y de los capitalistas. Aprendimos cómo se construye la autonomía, cómo se hacen los trabajos, cómo toda auténtica resistencia no consiste solamente en aguantar sino en construir algo nuevo, qué es organizarse...

Nos faltaron palabras porque presenciamos novedades radicales que no salieron de libros, rollos o ideologías, sino de la práctica, y son empeños de imaginación... Creo que no tiene precedente histórico, por ejemplo, el proceso de transferencia ordenada y coherente de poder de los mandos político-militares. El que éstos acumularon cuando las bases de apoyo se los dieron para organizar el levantamiento de 1994 les ha sido paulatinamente devuelto, a medida que la gente, el pueblo, asumió plenamente el régimen de decisiones en todos los niveles de autonomía y gobierno. Se construyó desde abajo una forma de vivir y gobernarse en que se ejerce cotidianamente el poder político y la democracia radical. Los mandos se mantienen atentos, listos a prestar su apoyo si se requiere y a plantear iniciativas.

Habrá seguramente la tentación de traducir lo aprendido organizando cursos, convirtiendo la experiencia en un paquete de conocimientos y habilidades para transferir a otros. Quien lo intentara descubriría pronto que así traicionaría el sentido, estilo e intención de la escuelita zapatista. No nos invitaron para educarnos en una doctrina y mucho menos para tirarnos línea. Nos compartieron una experiencia vivida, cuya sustancia común sólo puede existir en la diversidad. El desafío no consiste en reducir todo eso a discurso formal, más o menos técnico, sino en reproducir a la manera de cada quien esta forma de contagio. Pero esto exige tiempo, para elaborar la experiencia y preparar terreno fértil en que prospere la flor de la autonomía.

El sábado 17 de agosto, cuando estábamos aún aturdidos por las emociones de la escuelita, vimos llegar a los delegados del Congreso Nacional Indígena para un encuentro muy otro que tuvo lugar durante el fin de semana. Parecía que la sabiduría del Tata Juan Chávez, un gran dirigente purépecha que murió hace un par de años, se derramaba sobre el inmenso auditorio en que escuchamos por muchas horas la voz de pueblos indios de todo el país que



impartieron generosamente su cátedra, la que desde ahora será un homenaje vivo y constante al Tata.

Fue abrumador escuchar la enumeración interminable de despojos y agresiones. Los nombres de los protagonistas y la materia del despojo cambiaban de un lugar a otro. Pero se trataba del mismo crimen: una guerra contra la subsistencia librada por las corporaciones capitalistas, a veces tras la fachada de un cacique o un terrateniente y siempre con la participación activa y la complicidad abierta del gobierno y los partidos.

Aún más impresionante fue constatar el común denominador de casi todas las intervenciones: una resistencia combativa, articulada y vigorosa, al librar con energía y dignidad esta batalla en que no sólo defienden sus territorios, sus formas de vida y de gobierno y sus tradiciones, sino que luchan por la supervivencia misma de tod@s nosotr@s.

En suma, agotados tras esta semana intensa que por momentos parecía interminable, agobiados por el peso de un aprendizaje que trae consigo el deber de compartirlo, regresamos a nuestros lugares llenos de esperanza. Bebimos hasta saciarnos en esta fuente de inspiración. Aprendimos también que cada quien a su modo podremos hacer lo que nos toca, tan diverso como todos nuestros mundos. Podremos construir un mundo en que tod@s cabremos. Se destrabarán inercias, parálisis y temores. Estamos en marcha.

San Pablo Etlá, Septiembre 2013

Gustavo Esteva

REFERENCIAS

- Arellano, J. y otros. 2009. *Lo vimos, lo vivimos: Narraciones en movimiento, Oaxaca 2006*. Oaxaca: oxacalibre/revolucionemos Oaxaca/Swarthmore/Universidad de la Tierra.
- Arendt, H. 1965. *On Revolution*, Nueva York: Viking.
- Carr, E.H. 1966. *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, vol. I, Harmondsworth: Penguin.
- Cleaver, H. 1992. Socialism. W. Sachs (Ed.) *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*. Londres y Nueva Jersey: Zed Books.
- Davies, N. 2007. *The People Decide: Oaxaca's Popular Assembly*. Nueva York: Narco News Books.
- De Castro, S. 2009. *Crónica de un movimiento de movimientos*. Oaxaca: Ediciones ¡Basta!
- Denham, D. (Ed.). 2008. *Teaching Rebellion: Stories From the Grassroots MNobilization in Oaxaca*. Oakland: PM Press.
- Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). 1996. *Crónicas Intergalácticas EZLN. Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo*. México: Planeta Tierra.
- Esteva, G. 1983. Los 'tradifas' o el fin de la marginación. *El Trimestre Económico* L(2)198, abril-junio.
- Esteva, G. 2007. Agenda y sentido de los movimientos antisistémicos. Intervención en el Primer Coloquio Internacional *In Memoriam Andrés Aubry*, "...Planeta Tierra: movimientos antisistémicos...", San Cristóbal de las Casas, 13-17 de diciembre.

- Esteva, G. 2008. Nuestros demonios. *La Guillotina* 58, verano.
- Esteva, G. 2009a. Otra mirada, otra democracia. Intervención en el Festival Mundial de la Digna Rabia, convocado por el EZLN. San Cristóbal de Las Casas, 3-5 de enero.
- Esteva, G. 2009b. La crisis como esperanza. *Bajo el volcán*. Otoño.
- Esteva, G. 2009c. Nuevas Appuestas. *La Guillotina* 60 verano.
- Esteva, G. y M. Prakash. 1998. *Grassroots Postmodernism: Remaking the Soil of Cultures*. Londres: Zed Books.
- Esteva, G. y Shanin, T. 2005. *Pensar todo de nuevo*. Oaxaca: Ediciones ¡Basta!
- Foucault, M. 1983. Prefacio. Gilles Deleuze y Félix Guattari. *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Foucault, M. 1992. *Microfísica del poder*. Madrid: Las ediciones de La Piqueta.
- Foucault, M. 2002. *Defender la sociedad*. México: FCE.
- Foucault, M. y otros. 1981. *Espacios de poder*. Madrid: Las ediciones de La Piqueta.
- Gibson-Graham, J. K. 1996. *The End of Capitalism (as we knew it)*, Cambridge, MA: Blackwell.
- Giarraca, N. (Ed.). 2008. *Cuando hasta las piedras se levantan: Oaxaca, México, 2006*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- González P., E. 1993. *La cuerda floja*. México: FCE.
- Guerin, D. 1970. *Anarchism: From Theory to Practice* (trans. Mary Klopfer), Nueva York: Monthly Review Press.
- Holloway, J. 2002. *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Buenos Aires. Herramienta, BUAP.
- y Eloína Peláez (Eds.). 1998. *Zapatista! Reinventing Revolution in Mexico*. Londres: Pluto Press.
- Illich, I. 1974. *La sociedad desescolarizada*. Barcelona: Barral.
- Lapierre, G. 2008. *La voie du jaguar*. Paris: L'insomniaque editeur.
- Martínez A., V. 2006. *Autoritarismo, movimiento popular y crisis política*. Oaxaca: UABJO/Educa/Campo/Consortio.
- Midnight Notes Collective and Friends (MN) 2009. *Promissory Notes: From Crisis to Commons*. Jamaica Plain, MA: MN
- Osorno, D.E. 2007. *Oaxaca sitiada: La primera insurrección del siglo XXI*. México: Grijalbo.
- Roy, A. 2007. "On India's Growing Violence", in *Activism*, 26 de marzo. ZNet.
- Scott, J. 1998. *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven y Londres: Yale University Press.
- Subcomandante Marcos. 2001. Entrevista con Gabriel con García Márquez, en marzo de 2001, reproducida en Lopes, Ramón. 2004. *El espejo y la máscara. Textos sobre zapatismo anexos a 'México ida y vuelta'*. Madrid. Ediciones del Caracol.